

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

LA ESTRELLA DE LORNA MILL

LA ESTRELLA DE LORNA MILL

Kiai Nº 35

Autor: Carrados, Clark
ISBN: 9788402049520

LA ESTRELLA DE LORNA MILL

CLARK CARRADOS



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

30— Locura púrpura, Curtís Garland,

31— «Miss Fantasma», Clark Carrados.

32— El hombre de Oriente, Lou Carrigaa.

33—Café con Yama Zuki, Ralph Barby.

34— Los jarrones de la muerte, Curtis Garland.

Colección KIAI n.° 35
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERÁ, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO
ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 25. 321 — 1977
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: agosto, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

ESTABA vestida enteramente de negro, hasta los pies, recostada levemente junto al piano de cola, lacado en rojo y plata, ante cuyo teclado se hallaba sentado un hombre de color, gordo y voluminoso, vestido con traje de etiqueta. Al fondo, la pared era un espejo, de modo que todo el mundo podía ver la hermosa espalda de la cantante, debido a que el vestido no tenía tela en la parte posterior.

Los cabellos eran de color leonado, peinados con gracia singular. De cuando en cuando, se le podían ver los ojos, muy claros, grandes, rasgados, con un toque exótico muy leve pero que, sin embargo, aumentaba infinitamente su atractivo.

La artista interpretaba una canción compuesta por ella misma y que había tenido un éxito sorprendente. En un mundo musical dominado por la estridencia y el ruido, aquella sencilla melodía, que olía a campo, a flores silvestres, a pura espontaneidad, con el aire de las canciones que entonaban los colonos por las noches, en sus campamentos, durante los altos en la marcha hacia el Oeste, era algo reconfortante, agradable, lleno de un encanto que parecía haberse perdido ya en ésta época.

Era la canción que todos habrían querido escuchar en alguna ocasión, con una chica al lado, el brazo en torno a los hombros y la cabeza de la muchacha apoyada en el hombro propio. Así se explicaba el éxito de la melodía, compuesta en todo, música y letra, por Lorna Mill.

—MI estrella, tu estrella…, nuestra estrella… —decía una de las estrofas.

La canción terminó, al fin, y su intérprete se inclinó profundamente para saludar al público, alumbrada por el círculo de luz que llegaba a ella desde lo alto. Luego extendió el brazo hacia el pianista negro, quien también se levantó para corresponder al favor del público.

Pero no se oyó ningún ruido de aplausos. Tratábase de una grabación en videotape y el único espectador había rebajado el volumen sonoro apenas extinguidas las últimas notas de la canción.

* * *

Lorna Mill vestía ahora sencillamente un traje gris, con leves toques de blanco en el cuello y las mangas, y calzaba zapatos de tacón alto. En la mano izquierda llevaba un bolso.

Tenía una figura excepcional, pero, en aquellos momentos, no parecía hallarse frente al público. Estaba sola, delante de un hombre. Discutían los dos.

El hombre la trataba desdeñosamente. Ella suplicaba, pedía algo, que el individuo no parecía dispuesto a concederle. De súbito, Lorna abrió la boca y gritó algo. El hombre rio desdeñosamente. Sus labios, claramente visibles, modularon una ofensiva palabra de cuatro letras.

Entonces, Lorna pareció perder la cabeza. Abrió el bolso, sacó un revólver y apuntó al hombre. Este vio el arma y se rio de la joven. Incluso le volvió la espalda, pero giró de nuevo sobre sus talones cuando ella le llamó. Lorna alzó la mano, apuntó y apretó el gatillo.

El hombre se llevó las manos al pecho, dio un par de pasos vacilantes, dobló una rodilla y luego acabó por caer al suelo. Lorna contempló con ojos horrorizados aquel cuerpo inerte. Luego, de súbito, dio media vuelta y echó a correr.

Entonces, H. E. Pasquale, fiscal del distrito, alargó la mano y presionó una tecla. La pantalla del televisor en que se había proyectado la anterior escena se apagó en el acto.

Pasquale miró a su visitante y sonrió.

—Como puedes apreciar, Budd Baxter, es un caso que tengo ganado desde el primer momento —dijo.

* * *

George Washington Baxter, Budd para los amigos, sentado frente a la mesa del fiscal, juntó las yemas de los dedos, mientras ponía el tobillo derecho sobre la rodilla izquierda,

—Según eso, no hay duda alguna de que Lorna Mill mató a su esposo —dijo.

Pasquale tocó un par de teclas. La escena se reprodujo nuevamente. Cuando Dane Mill empezaba a caer, el fiscal apretó otra tecla. Los participantes en la escena se quedaron inmóviles. Arriba, en el ángulo superior derecho de la pantalla, aparecieron unas cifras: 3-2-76, 00. 04.

—El televisor de control, como todos los de esa empresa, está conectado a un reloj automático, que marca la fecha y la hora, señalando, incluso, los minutos. Por lo tanto, Dane Mill murió el día tres de febrero del año actual, a las doce y cuatro minutos de la madrugada —dijo.

—Y estamos a punto de entrar en mayo, H. E.

—Sí, Budd.

—¿Por qué se ha retrasado tanto el juicio?

—Hombre, faltaba el corpus delicti.

—El fiambre.

—Sí. Pero, además, aunque sospechábamos de Lorna Mill, no teníamos pruebas para detenerla.

—A ver, explícate, H. E. —pidió Baxter.

Hace sólo un par de días que hemos recibido la grabación de esa escena. Naturalmente, la cámara filmó el asesinato y ordené el arresto de la culpable.

—Cuidado, fiscal; tú acusas, pero no sentencias.

Pasquale se echó a reír.

—Budd, personalmente siento una enorme simpatía por Lorna —dijo—. Mi mujer compra todos sus discos y a mí me gusta muchísimo su música. Pero apretó el gatillo y debe pagar por su acción.

—El cuerpo de su esposo apareció hace muy poco, también.

—Sí. La policía recibió un «soplo». Un bote de patrulla hizo un dragado y encontramos el cadáver. Efectivamente, con una bala de calibre treinta y ocho en el corazón.

—La identificación, supongo, será positiva.

—No hay duda alguna al respecto: el muerto hallado en el lugar indicado por el confidente anónimo era Dane Mill —respondió Pasquale.

—¿Qué dice la acusada?

—Se reconoce culpable.

—Eso es siempre beneficio para ella, ¿no?

—Bueno, algo ganará, no hay duda; pero fue a ver a su marido, del que, como sabes, estaba separada, con un revólver.

—Una persona puede llevar un revólver para defenderse…

—Lorna Mill no había llevado jamás revólver hasta aquella noche.

—Eso complica las cosas, fiscal.

—Sí —admitió Pasquale, satisfecho.

Baxter alzó un dedo.

—H. E., en este asunto hay algo extraño, que no acabo de comprender bien —manifestó.

—Dime, amigo.

—El cadáver. ¿Cómo fue a parar al fondo del rio? ¿Se lo llevó la propia Lorna Mill?

—Sí, supongo.

—¡Ah, supones!; no estás seguro.

Pasquale volvió a sonreír.

—Mira, Budd —dijo.

De nuevo apareció la escena del crimen. Mill yacía en el suelo, en la misma postura. De súbito, una mano apareció ante el objetivo de la cámara. Algo ondeó muy brevemente, antes de que la cámara quedase «cegada».

Baxter se fijó en la hora que aparecía en la pantalla: 01. 48.

—Entraron a buscar el cadáver, aproximadamente hora y tres cuartos después de que se cometiese el crimen —dijo.

—Sí.

—¿Qué me dices de las manchas de sangre?

Pasquale volvió a manejar el televisor. A las 02. 40 apareció de nuevo el escenario del crimen, absolutamente limpio, como si no hubiera sucedido nada.

—Eso significa que nadie supo lo ocurrido, hasta que se recibió el «soplo» y luego el cartucho de cinta grabada —dijo Baxter.

—Exactamente.

—H. E., tienes el caso ganado.

—Eso creo. Lo siento por Lorna Mill; como te he dicho, es mi cantante favorita…

—Tu cantante favorita está sobre el frontis del Palacio de Justicia, vestida con toga, el seno izquierdo al aire, una venda en los ojos, la balanza en la mano derecha y una espada en la izquierda —sonrió Baxter.

—¡Oye, qué bien has sabido describir la estatua de la Justicia! —rió el fiscal.

—La he visto muchas veces, H. E.

—Pero ahora no ejerces la abogacía. Tienes una agencia de no sé qué…

—Recortes de prensa. Digest Press. Las personas famosas son citadas muchas veces en diarios y revistas. Recortamos todo lo referente a cada abonado y se lo enviamos por correo.

—Entonces, tendrás recortes sobre Lorna Mill…

—Es probable. Ella no era abonada a nuestro servicio, pero cuando una persona, hombre o mujer, empieza a destacar en alguna actividad, recogemos también todo lo que se publica sobre ella. Tarde o temprano, acabará contratando nuestros servicios.

—¿Marcha bien el negocio, Budd?

—No puedo quejarme, H. E.

—Cuando te vi entrar, pensé que venías a pedirme la defensa de Lorna. Has llegado tarde, Budd.

—Tiene ya su defensor.

—Sí. William Kent Gowan, un buen abogado. Pero ha perdido el

caso.

—H. E., no cantes victoria, aún no se ha visto el juicio.

Pasquale señaló el televisor.

—Es todo lo que necesito —dijo—. Y, francamente, me alegro que no estés frente a mí. Me sabría muy mal ver humillado a un antiguo condiscípulo.

Baxter miró, sonriente, a su interlocutor.

—¡Qué tiempos, H. E! —suspiró, melancólico—. Te veo muy pronto de fiscal jefe, cosa que extrañará a muchos, me parece.

—Sí, porque todavía queda infinidad de gente a los que no cabe en la cabeza que un descendiente de italianos no sea mafioso.

—¿Has tenido problemas con la Honorable Sociedad?

—Al principio. Conseguí una vez el arresto de uno de sus miembros. Habla pruebas más que suficientes para enviarle a «chirona» durante un montón de años. Me enviaron un aviso amistoso. Pero cometieron un error.

—¿Cuál fue el error?

—Un mensaje escrito. Hice varias fotocopias ampliadas, las pegué en unos cartones, los clavé en sendos palos y yo, mi esposa, mis padres, los suegros y algunos amigos más, empezamos a paseamos, en manifestación, por delante de la casa donde suponía vivía el autor de la amenaza. Fue suficiente.

—¿Sí?

—Al día siguiente, recibí una llamada telefónica. No he sabido nunca quién fue, pero el tipo dijo que el hombre a quien yo acusaba sería condenado. Nadie ha vuelto a molestarme.

—H. E., eres un tipo que los tiene bien puestos —sonrió Baxter.

—Quería que la gente supiese que hay algunos italianos que no son mafiosos. ¡Oh!, no es que haya conseguido una sustancial reducción en sus actividades delictivas, pero me dejan en paz.

—Ya. Bueno, no quiero seguir molestándote más. Gracias por haberme recibido.

—Yen a cenar una noche a mi casa, Budd. —Buscaré una ocasión, Y asistiré a tu triunfo, cuando se juzgue a Lorna Mill.

* * *

Sentado en un diván, Budd Baxter sostenía una copa balón con ambas manos, calentando el coñac, pero no daba la sensación de probarlo. Su criado, Tim Koye, le contemplaba entre escéptico y burlón.

—El señor está preocupado —dijo.

—Sí, Tim.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Lorna Mill.

—¡Oh! —murmuró Koye.

Fue hacia un aparato de alta fidelidad y puso un disco. Las notas de Nuestra estrella se dejaron oír instantáneamente.

Baxter sonrió.

—Conoces mis aficiones. Gracias, Tim —dijo.

—La señorita Mill está en gravísima situación. Según he podido enterarme, el fiscal asegura tener resuelto el caso.

—Eso es lo que dice, en efecto.

—El señor ha visitado hoy al fiscal, antiguo condiscípulo. ¿Cuál es la opinión del caso, si la pregunta me es permitida?

Baxter tomó un sorbo de coñac. Luego, lentamente, dijo:

—La estrella de Lorna Mill ha sufrido, sólo, un momentáneo eclipse. Pero volverá a fulgir con todo su resplandor.

CAPÍTULO II

DENÍS GRAY, director de la Digest Press y gran amigo de Budd Baxter, puso el grito en el cielo al día siguiente, cuando se enteró de sus intenciones.

—¡Otra vez te pones en campaña! —clamó.

—Otra vez, en efecto —sonrió Baxter.

—Pero Lorna Mill no está abonada…

—¡Vamos, vamos, tú tendrás algo por ahí! Envíame lo que hayas recogido hasta ahora. Y no dejes de recortar cuanto se publique sobre el asunto.

—Budd, te aseguro que no he visto, jamás, un caso como el tuyo. Un detective privado secreto, que sólo interviene en los casos que le agradan y, en la mayoría de las ocasiones, sin ser llamado por el interesado…

—Eso hace el caso más atractivo, ¿no crees? Pero en cuanto a lo que has dicho de mí, puedes suprimir la palabra detective.

—Llámalo como quieras —refunfuñó Gray—. Pero si metes las narices en este asunto, ya sabes lo que te costará.

—No, no lo sé, Denis.

—Bueno, yo quería decir que los gastos son por tu cuenta. El hecho de que seas propietario de la agencia no te da derecho a usar nuestros servicios gratuitamente.

Baxter soltó una alegre carcajada. Cuando fundó la agencia de recortes de prensa, muchos años antes, había contratado a Denis Gray, primero como ayudante principal y luego como director, una vez que el negocio estuvo en marcha y resultó ser muy rentable. Aparte de inteligente, Gray poseía la suficiente competencia como para hacer marchar el negocio sin necesidad de la intervención de su propietario. Pero Gray era, también, un estricto administrador y no gastaba un solo centavo sin justificarlo adecuadamente.

—Muy bien, ya lo sé; tú serías capaz de aplicarme el respirómetro si se me ocurriese aparecer en tu despacho.

—¿Qué es el respirómetro, Budd? —preguntó Gray, ingenuo.

—Un aparato que mide la cantidad de aire que uno respira en un tiempo determinado. Luego se cobra a tanto el metro cúbico…

Gray emitió un bufido.

—Está bien, déjame trabajar. Y ojalá Lorna Mill no tenga que lamentarlo —dijo cáusticamente.

Baxter cortó la comunicación. En el lujoso apartamento que habitaba, en la Quinta Avenida, frente al Parque Central, tenía una estancia secreta, en la que había los suficientes aparatos para comunicarse directamente con su agencia, tanto por línea telefónica como por video, con contestadores automáticos y grabadores de sonido e imagen. Al abandonar el cuárto de comunicaciones, pulsó un botón y todo un lienzo de pared se corrió silenciosamente, dejando la gran sala en su primitivo estado. Nadie que no lo supiera previamente, podría imaginarse lo que había al otro lado del muro.

Baxter estaba vestido con una bata corta. Koye apareció y le miró inquisitivamente.

—¿Entrenamos, señor? —consultó.

—Tengo que salir, Tim. Otro rato.

—¿Alguna preferencia en indumentaria, señor?

—El traje azul, con los complementos adecuados.

—Bien, señor.

* * *

Norman Kolt tomó la tarjeta que le había sido entregada momentos antes y estudió el rostro de su visitante.

—¿En qué puedo servirle, señor Baxter? —pregunto.

—Usted es el director de la empresa para la que trabajaba él difunto Dane Mill —dijo Baxter.

—¡Oh, sí, en efecto! Un suceso muy desagradable, si me permite expresarlo así. Lo sentimos muchísimo; Mill era un empleado sumamente apreciado. Tal vez tenía sus problemas, como así resultó ser más tarde, pero sunca los había mezclado con su trabajo.

—¿Qué clase de trabajo, por favor?

—Inspector contable.

—¡Oh, un tipo hábil con los números!

Kolt, cuarenta y cinco años, doble papada y venillas rojas en los pómulos, sonrió.

—Un malabarista de las cifras, un calculador rapidísimo y certero, que, en ocasiones, ponía en ridículo a nuestras computadoras —dijo.

—Los hombres como Mill son muy buscados por las empresas, en efecto —declaró el visitante—. Pero… ¿le importaría contestarme a un

par de preguntas, señor Kolt?

—Antes de nada, dígame, abogado: ¿cuál es su interés en este caso? Porque, según tengo entendido, la acusada tiene ya su defensor,

—Era amigo del difunto —mintió Baxter.

—¡Oh, ya comprendo! Está bien, pregunte…

—Primero: ¿Qué hacía la víctima aquí, a las doce y pico de la madrugada?

Kolt se retrepó en el sillón.

—Bien, estaba en una revisión de cuentas. Yo hablé con él por la tarde. Dijo que la terminaría aquella misma noche, costase lo que costase. Sé que, sobre los nueve, salió a cenar, pero volvió a las diez, aproximadamente.

—Comprendo. Hay vigilante en el edificio.

—Sí, constantemente, además de los aparatos de televisión que vigilan los distintos departamentos. Esta es una empresa de contabilidad, en la que, a veces, guardamos documentos importantísimos de nuestros clientes. Por tanto, queremos aseguramos de que todo cuanto hay aquí está bien guardado.

—Señor Kolt, ¿es corriente que una mujer venga a ver a su esposo pasadas las doce de la noche?

—No, no es corriente, pero tampoco lo era que Mill se quedase hasta hora tan avanzada.

—El vigilante de la puerta, la dejó pasar…

—A requerimiento del señor Mill, por videófono,

—¿Ha dicho a requerimiento? ¿O con permiso?

—Bueno, es una cuestión de matiz. Ella vino, preguntó por su esposo, el vigilante hizo la consulta y recibio la autorización, eso es todo.

—Naturalmente, el portero la dejó salir más tarde…

—No había inconveniente, puesto que no había oído el disparo fatal.

—Sí, lógico —admitió Baxter—, Señor Kolt, dígame, ¿qué pasó cuando Mill no acudió, al día siguiente, a sutrabajo?

—Bueno, de momento, pensamos que se tomaba un día de descanso. Él había terminado la revisión y dejado una nota que lo anunciaba así. Somos benévolos con os empleados eficientes y el señor Mill lo era.

—Pero luego se extrañarían de su ausencia,..

—Efectivamente, y cuando vimos que tardaba más de lo normal y no contestaba a las llamadas telefónicas, nos pusimos en contacto con la policía. Ya no supimos más, hasta que se divulgó la noticia de la aparición de su cuerpo en el fondo del río.

—Lastimoso —comentó Baxter—. Sin embargo, hay algo que me parece sumamente extraño.

—¿Sí? —dijo Kolt.

—La cinta grabada que ha recibido el fiscal. ¿Es que nadie revisó la que se impresionó la noche del crimen? Yo no digo que se hiciera al día siguiente si, como usted ha dicho, no se sospechaba nada, pero cuando empezaron a impacientarse por la ausencia de Mill, debieron haber revisado la cinta de la última noche que estuvo aquí.

—Ya lo hicimos, señor Baxter.

—¿Y…?

—Todo aparecía normal —respondió Kolt, firmemente.

—Por favor, una última pregunta.

—¡Claro, señor Baxter!

—Después de la ausencia de Mill, que se convirtió en muerte, ¿han notado la falta de algunos documentos de interés?

—En absoluto. Hicimos una revisión a fondo. El señor Mill no se llevó de su oficina ni siquiera un clip sujetapapeles —contestó Kolt, rotundamente.

Cuando el visitante se hubo ido, Kolt sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la frente. Luego se limpió las manos, también transpiradas. Finalmente, levantó el teléfono de la línea directa y marcó un número.

Alguien contestó a los pocos instantes.

—Soy Kolt. He tenido un visitante demasiado curioso.

—¿Quién es?

Kolt leyó la tarjeta de visita.

—George Washington Baxter, abogado. Vive en la Quinta Avenida…

—El nombre me suena —dijo el otro—. Bien, Norman, déjelo de mi cuenta. Le daremos un pequeño susto si, como sospecho, ha intentado meter las narices donde no debía.

—Pero, por favor, no…

—Tranquilo, Norman; usted no tiene que preocuparse de nada. ¡Adiós!

Kolt volvió a sacar el pañuelo. Todavía sudaba más.

Con ojos agónicos miró el lujoso despacho: muebles caros, suelo espesamente alfombrado, buenos cuadros en las paredes de roble… Su residencia en las afueras, árboles, jardín, césped, piscina, una criada negra, dos coches, una esposa todavía joven y distinguida…, y la amante de Nueva York, a la que visitaba discretamente dos o tres veces ai mes… No, no podía abandonar; estaba tan atado a cuanto le rodeaba, como un antiguo esclavo a su banco de boga en la galera.

* * *

Olympus Clatham era el pianista de color que solía acompañar a Lorna Mill, habitualmente. Vestía una bata de color rojo, corta, y pañuelo al cuello y miró con cierta ironía al hombre que tenía frente a sí.

—¿Más preguntas, por un curioso más? —sonrió.

Baxter estudió detenidamente el ambiente que le rodeaba. Un estudio, amplio, con un piano de cola al fondo, una barra con abundancia de botellas, un par de divanes y grandes almohadones rojos y azules sobre la moqueta dorada del suelo.

—Si no tiene inconveniente, señor Clatham —dijo al cabo.

El pianista se retrepó en un enorme butacón y cruzó sus gruesas piernas.

—Adelante, señor Baxter —invitó, displicente.

—Usted era el pianista de Lorna Mill.

—Sólo en ocasiones. Ella es una consumada artista y sabe cuándo debe actuar acompañada y cuándo debe cantar sola, acompañándose ella misma al piano.

—¡Ah!; también toca…

—Y compone muchas de sus canciones. Tiene la carrera de piano terminada y hasta hizo unos cursos de composición. No se puede negar que posee un acusado sentido musical. Yo también compongo, pero son blues y spirituals negros, principalmente.

—Señor Clatham…

—Amigo mío, deje el protocolo a un lado y llámeme Olympus, como todo el mundo.

—Bueno, usted puede llamarme Budd —sonrió Baxter—. Dígame, amigo Olympus, ¿qué sabe de la vida privada de Lorna Mill?

—Estaba casada.

—Eso ya lo sé yo también.

—Y profundamente desengañada de su esposo.

—¿Por qué?

Clatham hizo un gesto displicente,

—Cosas de matrimonios —dijo.

—En su opinión, ¿por qué le mató?

—Supongo que para quitar de en medio un estorbo

—¿Cómo?

—Hacía ya tiempo que estaban separados. Si él no quería concederle el divorcio, encuentro lógico que ella apretase el gatillo de una pistola,

—¡Ah, encuentra lógico…!

—Calma, calma, muchacho —dijo Clatham, manoteando vivamente—. Tal como se sentía ella, lo encuentro lógico, pero eso no significa que apruebe lo que hizo.

—Y… ¿cómo se sentía Lorna?

—Atada, y quería ser libre.

—El marido se negaba a concederle el divorcio.

—Figúrese. Lorna estaba a punto de alcanzar el cenit de la carrera. Ya había vendido un millón y pico de discos de Nuestra estrella. Tenía firmado un magnífico contrato con la TV, otro para un spot publicitario, y se hablaba de confiarle el primer papel en una película ¿Qué esposo habría dejado pasar una ganga semejante?

—Pero si estaban separados, ella no tenía por qué hacerle partícipe de sus ganancias.

—Parece ser, pero no estoy seguro, que Dane Mill quería convertirse en el representante de su mujer Ganaba un buen sueldo, creo, pero ello le habría permitido no sólo liberarse de la diaria rutina de acudir a su despacho, sino ganar también mucho más dinero ¿Lo va comprendiendo, Budd?

—Sí. Gracias, Olympus.

Baxter se encaminó hacia la puerta. Clatham le llamo desde el sillón.

—Budd, ¿qué interés tiene usted en Lorna? —preguntó,

Baxter se volvió y sonrió ampliamente.

—Nuestra estrella —contestó—. Es una canción preciosa.

—¡Ah!; creí que sería amigo de Hardy W. Fowlinson

—¿Quién es Fowlinson?

—El amante de Lorna,

CAPÍTULO III

EL coche de Baxter se detuvo ante la entrada de una residencia, rodeada por una valla de madera pintada, con algunos árboles que proporcionaban sombra y protección al edificio, de planta y primer piso y tejado picudo, de pizarra. Era la residencia propia de un hombre adinerado y mesurado en sus gustos. Seguramente, pensó, tendría mayordomo, chófer, doncella y cocinera.

De Fowlinson no había ningún dato en la agencia. No obstante, Baxter, después de la información de Clatham, había llegado a saber que era un hombre rico, con intereses en diversas empresas, aunque sin intervenir en su dirección. Seguramente, vivía de las rentas.

Cuando detenía el coche frente a la puerta de la valla, vio salir a una mujer. Era joven, de hermosa silueta y vestía con gusto exquisito. El pelo era rubio, muy corto, pero las grandes gafas de color que llevaba no permitían ver gran cosa de su cara, excepto los labios, de vivo color rojo.

La joven vestía una especie de chaquetilla y pantalones. Al llegar junto a la entrada, vio a Baxter y pareció sobresaltarse. Luego abrió y, sin pronunciar una palabra, subió al coche que había detenido a poca distancia, arrancó y partió a toda velocidad.

Baxter tenía una memoria fotográfica y archivó en ella la matrícula del automóvil de la joven. Luego se apeó y avanzó a lo largo del sendero central que conducía a la casa.

La puerta estaba entreabierta, cosa que le intrigó notablemente. Además, no se percibía el menor sonido.

¿Dónde estaba la servidumbre de Fowlinson?, se preguntó.

Había otra cosa que también le extrañó: en una casa como aquélla, lo normal sería tener, al menos, un perro de guarda. Ya debería haber oído sus ladridos, pero no era así. ¿Cómo podía ser tan descuidado Fowlinson?

Empujó con cuidado. El silencio persistía.

Había una escalera, con barandilla de madera tallada, que conducía al piso superior. En el amplio vestíbulo se divisaban varias

puertas. Abrió una de ellas y se encontró en el umbral de una biblioteca. La estancia era de gran amplitud, con chimenea, apagada dada la época.

Había también una mesa de trabajo. El dueño de la casa, si era el hombre que Baxter tenía ante sus ojos, se había dormido, apoyada la cara en los brazos y éstos sobre la mesa.

—Señor Fowlinson —llamó.

El hombre permaneció inmóvil. Baxter presintió lo peor.

Al otro lado de la mesa de trabajo había una gran ventana, entreabierta en aquellos momentos. Baxter se acercó a la mesa y entonces fue cuando vio el agujero en la espalda de Fowlinson.

El orificio del proyectil estaba en el centro, un poco a la izquierda. No había salido demasiada sangre, pero la muerte, calculó, debía de haber sido instantánea.

¿Y los perros? ¿Y la servidumbre?

Al mirar a través de la ventana, vio un enorme perro tendido en el suelo. Por un momento, lo creyó muerto, pero luego apreció un rítmico movimiento en sus flancos. El animal había sido narcotizado.

El entrecejo de Baxter se arrugó profundamente. Un perro narcotizado evitaba muchos inconvenientes, pero antes de dormirse, debía de haber ladrado. ¿Cómo no lo había oído el dueño de la casa?

Baxter decidió seguir explorando el resto de la casa.

Cuando salía de la biblioteca, alguien lanzó un poderoso grito, que él conocía muy bien.

—¡Kiaí!

* * *

Otro hombre, en su caso, habría sufrido una terrible impresión al oír aquel grito, de escaso volumen sonoro, pero en el que todo el cuerpo y todo el espíritu concentraban sus energías. Otro hombre, en fin, que no hubiera sido un maestro en las Artes Marciales, como Baxter, habría resultado derrotado inmediatamente.

O tal vez muerto, porque el desconocido, apenas emitido el ¡Kiaí!, saltó velocísimamente, con el pie derecho adelantado hacia la mandíbula de Baxter.

El tipo conocía bien el karate volador, pensó Baxter, mientras echaba el cuerpo hacia atrás. Al mismo tiempo, levantaba la mano derecha y golpeaba el tobillo de su atacante. Este fue desviado hacia el lado contrario y cayó, para levantarse con la agilidad de un gato.

Los dos hombres se miraron fijamente, mientras daban lentas vueltas el uno en torno del otro, moviendo lentamente los brazos, las manos rígidas como tablas, dispuestas para asestar el golpe mortífero

al menor descuido. De súbito, el atacante se disparó como un proyectil humano.

Al mismo tiempo, saltaba hacia arriba. En el aire, observó Baxter, asombrado, ejecutó una velocísima tijereta, repetida dos veces. Era punto menos que imposible saber cuál de los dos pies buscaban su garganta.

La única solución estaba en dejarse caer de espaldas. Al mismo tiempo, rodaba hacia su izquierda. Dos pies chocaron contra el suelo.

Baxter movió el brazo derecho y alcanzó las corvas de su adversario, obligándole a doblar las rodillas. Alargo la otra mano y agarró su chaqueta. Entonces, tiró con fuerza y el tipo cayó de espaldas.

Pero mientras caía, algo salió de su manga derecha, Era un cuchillo corto y ancho, con doble filo, escondido, sin duda, en un arnés situado en el interior de la manga. Baxter apoyó los tacones en el suelo, hizo una poderosa flexión y se levantó de un salto.

Baxter contempló con interés el puñal. Un Aikuchi, pensó, el arma de acompañamiento, o de reserva, del samurái japonés.

—¿Me lo vas a arrojar? —preguntó.

Las palabras de Baxter parecieron romper la profunda concentración mental del sujeto, quien se sobresaltó ligeramente.

—¿Por qué me atacas? ¿Quién te ha dado orden de matarme?

El individuo no contestó. Era evidente que trataba de volver de nuevo a su concentración. Lentamente, con el Aikuchi a punto, el brazo derecho alargado, empezó a dar vueltas en torno a Baxter, a fin de buscar su punto débil y lanzar el ataque definitivo.

De pronto, Baxter sonrió. Inmediatamente, empezó a silbar, sin demasiada potencia. Silbaba una melodía que le resultaba muy agradable. Las notas de Nuestro estrella invadieron el gran vestíbulo.

El desconocido lanzó una horrible maldición. Súbitamente, Baxter amagó, fingiendo lanzarse hacia su adversario. Un brazo derecho se movió velozmente, el puñal buscando un punto donde lanzar su mortífera mordedura.

Pero la presunta víctima ya no estaba allí. El pie derecho de Baxter se movió con indescriptible rapidez y golpeó con tremenda dureza los riñones del sujeto.

Se oyó un grito de angustia. Baxter saltó hacia arriba y repitió el golpe, después de una fulgurante tijereta. El hombre fue lanzado hacia adelante y cayó de bruces al suelo.

Inmediatamente, se puso en pie y empezó a girar. Baxter alzó la mano derecha, dispuesto a asestar el último golpe. Entonces vio que no era necesario.

El atacante giraba con relativa lentitud. Baxter vio el Aikuchi

clavado en su pecho hasta la empuñadura Un segundo después, el hombre se desplomaba al suelo

Baxter se arrodilló a su lado.

—Has tenido mala suerte, amigo —dijo.

Los ojos del hombre voltearon en las órbitas. Luego se quedaron Inmóviles, escondidas las pupilas, visible solamente el blanco del globo ocular.

El registro que hizo de sus ropas dio como resultado una documentación a nombre de Dwill Zardo. Pero no encontró ninguna indicación que le permitiera conocer los motivos por los cuales había sido atacado tan insólitamente.

De pronto, recordó que se hallaba en una mansión en la que se había producido un asesinato. Hizo un rápido recorrido por la casa y encontró dos mujeres dormidas en la cocina. El narcótico propinado debía de haber sido muy fuerte.

Regresó nuevamente al despacho. Parecía como si Fowlinson hubiera estado escribiendo algo en el momento de su muerte. La pluma yacía al lado de su mano y había un cuaderno de notas frente a él.

Al mirar con un ángulo muy pronunciado, creyó ver unas marcas en el papel en blanco de la primera hoja. Con infinito cuidado, la arrancó y, tras doblarla, la guardó en el bolsillo. En su casa, con toda tranquilidad, podría saber qué escribía Fowlinson en el momento del asesinato.

Abandonó el despacho. Cuando se disponía a subir al coche, vio el perro que empezaba a moverse. Arrancó, antes de que el animal empezase a ladrar.

Estaba en Long Island, al otro lado del río. El regreso le costó una hora. Cuando llegó a su casa, hizo que Tim le preparase un baño caliente. El día había sido muy agitado y necesitaba reponerse.

* * *

Baxter dejó pasar dos días, durante los cuales se dedicó casi exclusivamente a pensar y a leer los periódicos, que hablaban mucho de Fowlinson, de su enigmático asesinato y del hombre que había aparecido apuñalado en su casa. Era un misterio que haría correr mucha tinta.

Al tercer día, por la tarde, se vistió con ropas corrientes y salió en dirección a un lugar donde sabía que podría obtener alguna información. Media hora más tarde estaba sentado en un taburete alto, saboreando una taza de café.

El hombre a quien aguardaba llegó casi una hora después. Vio a

Baxter y respingó.

—Usted… —murmuró, cuando estuvo a su lado.

—Aquí me tienes, Hank —sonrió Baxter.

Hank Thomas era un sujeto de unos cuarenta años, de regular estatura, rostro afilado y ojos como puntas de alfiler. No hacía mucho tiempo, Baxter le había rescatado de las garras de dos matones que le estaban sacudiendo como si fuese una estera. Thomas debía algún dinero y, como no lo tenía, se lo cobraron a golpes. Baxter puso en fuga a los hampones y luego, al enterarse del problema del rescatado, le prestó el dinero para que pudiera cancelar su deuda.

Thomas se había mostrado muy agradecido. Al separarse, le dijo dónde podría encontrarle algún día, si necesitaba de él. Baxter sabía que, en este mundo, todos tienen necesidad de todos, tarde o temprano.

—Aquí estoy, Hank —dijo, alegremente—. ¿Una copa?

—Bueno —aceptó el sujeto—. ¿Pasa algo, señor Baxter?

—Dwill Zardo. ¿Qué sabes de él, Hank?

—Poca cosa. Creo que trabajaba como entrenador en un gimnasio… Es propiedad de un tal Barry McLaine, pero no tiene buena fama.

—¿Como entrenador de gimnasia?

—En este aspecto, McLaine es más bien corriente. Su mala fama procede de otras cosas.

—Me lo imagino. ¿Qué has oído sobre la muerte de Zardo?

—Muchos lo han celebrado —sonrió Thomas—. Yo el primero.

—El gimnasio, ¿es de McLaine o pertenece a otro?

Thomas se encogió de hombros.

—Si le interesa saberlo, podría intentar averiguarlo —contestó.

—Inténtalo, Hank. —Baxter hizo pasar, disimuladamente, unos cuantos billetes a la mano de su informador—. Incluyo un papelito con mi teléfono privado. Tiene grabador de llamadas.

—De acuerdo.

Súbitamente, una mujer entró en el local. Baxter no pudo evitar un gesto de sorpresa al reconocerla.

—Hank —bisbiseó—, ¿quién es la prójima?

Thomas volvió la cabeza un poco.

—¿No la conoce? —preguntó.

—Sólo de vista.

—Es Edna la Manitas. No sé el apellido.

—¿Ladrona? —El apodo hacía sospecharlo, se dijo Baxter,

—De lo fino. Billeteros, sobre todo, pero no desdeña entrar en las casas, cuando está segura de no ser sorprendida.

—Bien, gracias, Hank. Trata de averiguar todo sobre Zardo.

—Descuida.

* * *

Edna Wyngall salió del bar y se tropezó con un hombre. Baxter retrocedió un paso y sonrió.

—Disculpe, señorita —dijo.

—No tiene importancia —sonrió ella.

Edna siguió andando. Cuando había dado media docena de pasos, sintió una mano que apretaba su brazo.

—No te vayas, preciosa.

Ella se volvió. Sus ojos despidieron chispas de cólera.

—¡Suélteme! —pidió, con sequedad—. Estoy viendo a un policía…

—Anda, llámalo; es lo que estoy deseando.

Edna se desconcertó.

—No comprendo…

—Hemos chocado cuando salías del bar. Apostaría doble contra sencillo, a que mi billetera está en tu bolso, guapa.

—¡Qué! —dijo Edna—. ¿Se ha vuelto loco?

—¿Llamo al policía? —preguntó Baxter, inflexible.

Hubo un instante de silencio. Luego, Edna abrió su bolso y extrajo de su interior una billetera.

—Pero yo no… ¡Tómela! —exclamó, coa repentina resolución.

Baxter puso las manos a la espalda.

—No —dijo—. Tú me la has quitado y eso puede costarte un serio disgusto, preciosa.

Edna se mordió los labios.

—Está bien. ¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

—Un ratito de conversación, a solas —sonrió Baxter.

—¡Oiga, yo no soy una zorra callejera…!

—Nadie ha dicho nada semejante, ni yo pretendo aprovecharme de este incidente para irme a la cama, un rato, contigo. Me bastarían cinco minutos de conversación en un lugar donde nadie pueda oímos.

Ella dirigió una mirada penetrante al hombre que estaba a su lado. Aún tenía su billetera en la mano. No llevaba guantes y, por lo tanto, las huellas dactilares estaban marcadas en la lisa superficie del cuero.

—Me ha tendido un lazo —murmuró.

—Sí —admitió Baxter, alegremente.

—Oga, su cara me parece conocida…

—Cuando estemos en un sitio discreto, te diré por qué crees haberme visto antes de ahora. ¿Vamos?

Edna suspiró.

—Vamos —cedio.

CAPÍTULO IV

EL departamento de Edna era pequeño, pero estaba bien decorado. Después de encender las luces, Edna se dirigió a una consola y destapó una botella.

—¿Quiere beber? —preguntó.

—No, gracias. —Baxter se sentó en una butaca y cruzó las piernas, mientras extraía un cigarrillo—. Hace tres días, saliste precipitadamente de casa de Hardy W. Fowlinson. Yo llegaba en aquel momento, Edna.

—Conque era usted… Ya decía yo que su cara me parecía…

—Conocida, pero estabas muy alterada, ¿Habías visto ya a Fowlinson, muerto?

—Sí —admitió ella, con voz sorda.

—¿A qué fuiste a su casa?

—Oiga, no pensará que yo… Jamás he llevado un arma encima…

—Lo sé, Manitas, lo sé —sonrió Baxter—. ¡Anda, cuéntamelo todo!

Edna apuró su copa.

—Tenía que abrir su caja fuerte y extraer de ella un sobre con unos documentos —declaró—. Eso es todo lo que sé.

—¿Lo hiciste?

—¡Diablos, no!; en cuanto le vi muerto, me largué de allí más que a la carrera.

—Fuiste en pleno día. Esa no es la hora más adecuada para robar una caja fuerte.

—Verá… Hace cuatro o cinco días, recibí una llamada telefónica. Alguien, no sé quién es, me preguntó si podría hacer esa operación. Yo dije que no…, bueno, que no sabía de qué me hablaban. Al día siguiente, recibí un paquete. Lo abrí. Dentro había un fajo de billetes con dos mil dólares y un spray. A poco, sonó el teléfono de nuevo. El que me llamaba…

—¿Hombre o mujer?

—Hombre, me pareció.

—Está bien, sigue.

—El tipo dijo que fuese a casa de Fowlinson y que ya se pondría en contacto conmigo para recoger el sobre. Bien, yo pensé que era asunto de negocios… Un rico que roba a otro rico, ¿qué más se me da?

—Todos los ricos son repugnantes, pero a todos nos gustaría ser ricos —sonrió Baxter—. Llegaste a casa y…

—Me recibió la doncella. Yo pregunté si necesitaban una camarera. Ella dijo que no y entonces le eché el gas a la cara. Luego fui a la cocina; la cocinera no tuvo tiempo de reaccionar.

—¿Y el perro?

—Era muy manso, pero no quise correr riesgos.

—Comprendo.

—Después, fui al despacho de Fowlinson. Le vi muerto y escapé, eso es todo.

—¿Te ha vuelto a llamar, después, el tipo que te encomendó la operación? —preguntó Baxter.

—Sí, pero le dije lo que había pasado y que estaba dispuesta a devolverle el dinero.

—¿Qué dijo él?

—Nada. Que lo sentía mucho y que comprendía lo ocurrido, eso es todo.

—Edna, si cuando tú llegaste, Fowlinson estaba ya muerto, ¿cómo es que ni la cocinera ni la doncella habían advertido nada?

—No me lo pregunte a mí. Según he podido leer en los periódicos, han declarado que Fowlinson les dio orden de no molestarle. Si las necesitaba, ya llamaría.

—El mayordomo no estaba en casa.

—Era su día libre.

—Edna, ¿no tienes la menor idea de lo que podía contener ese sobre?

—En absoluto.

Baxter se puso en pie.

—Te estoy muy agradecido —sonrió—. Otro día vendré a verte, y sin tantas prisas.

—Ahora, yo no tengo ninguna prisa —dijo ella.

—Pero yo sí. ¡Adiós, Edna!

—Otro día —repitió, al llegar a la puerta.

Buscó el ascensor. Edna vivía en un piso alto. Apenas se hubo marchado, puesto en marcha el aparato, un hombre salió por la próxima esquina y se acercó a la puerta del departamento de Edna,

Ella abrió.

—¡Budd…!

Su sonrisa se congeló en los labios al darse cuenta de que el

hombre que llamaba no era Baxter. Pero, antes de que pudiera decir nada, el puño del individuo golpeó cruelmente su estómago.

Edna cayó sentada, sin respiración, los ojos llenos de lágrimas. El hombre se inclinó sobre ella y la arrastró hacia el centro de la sala.

Edna se sentía sin fuerzas. El intruso abrió una ventana. Cuando Edna quiso darse cuenta, estaba ya en las inmediaciones del hueco. Pero antes de que pudiera hacer el menor esfuerzo para defenderse, volaba por los aires hacia el asfalto, situado a cuarenta o cincuenta metros más abajo.

Baxter salió en aquel momento a la calle y oyó el alarido que descendía de las alturas. Una fracción de segundo más tarde, percibió el horripilante estruendo de un cuerpo que chocaba contra el suelo, el ruido de unos huesos que se rompían irremisiblemente… Vio una rubia cabellera, desparramada entre la sangre que ya se esparcía por la acera, vio también unas hermosas piernas y, en el acto, comprendió lo ocurrido.

El asesino, pensó, estaba aún en el interior de la casa. Había hablado con Edna una sola vez y tenía la plena seguridad de que no había salido del edificio.

Decidió esperar.

* * *

La ambulancia se había marchado ya. La multitud empezaba a desperdigarse por todas partes. Alguien, con una manguera, lavó la sangre que aún quedaba sobre la acera.

Sentado junto al cristal de un café, situado en la acera opuesta, Baxter contemplaba todo el jaleo con aire indiferente. Al cabo de un buen rato, tres policías, uno de ellos de paisano, salieron de la casa. El coche de patrulla que aún quedaba abandonó el lugar.

La calle tomaba a su aspecto habitual. Baxter decidió dejar transcurrir, todavía, un tiempo prudencial Quizá cometía una imprudencia, pero prefería la seguridad a verse comprometido en un asunto nada agradable.

Una hora más tarde, abandonó el café. Simuló marchar por la misma acera, pero, cien metros más adelante, cruzó la calle y regresó en dirección opuesta. No tardó mucho en hallarse ante la puerta del departamento de Edna Wyngall, alias Manitas. Era una hermosa muchacha, que ya no robaría más billeteras. La mala suerte de Edna había estado en aceptar dos mil dólares de alguien que, al parecer, no perdonaba un fallo.

O tal vez…

Abrió la puerta con infinito cuidado. Las luces estaban encendidas

y las cortinas de las ventanas corridas de modo que no pasara el menor resplandor al otro lado. La sala estaba en completo desorden.

En el interior de la casa se oían ruidos. Baxter avanzó en silencio y se detuvo ante la puerta del dormitorio. Apoyado negligentemente en la jamba, contempló al individuo, vuelto de espaldas, que revolvía los cajones de una cómoda..

—Pierde el tiempo, amigo —dijo—. Ella no tenía sobre.

El hombre se inmovilizó en el acto. Todavía con las manos en el cajón que registraba, murmuró:

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo ella. No tenía motivos para no creer en su palabra.

—¿Y cómo sabe que estuvo en casa de Fowlinson?

—La vi allí.

—¿Quién es usted?

—Vuélvase y lo sabrá.

El hombre giró en efecto, pero fue una vuelta rapidísima. Al mismo tiempo, movía el brazo derecho, del que partió una cosa que fulguraba al desplazarse por el aire con tremenda velocidad.

Baxter se ladeó hábilmente. La estrella de puntas afiladas quedó clavada en la madera, a la altura de su torso.

—Le gusta usar los shuriken —sonrió—. Como Dwill Zardo, ¿no es así?

Bruscamente, el individuo se arrojó contra Baxter. Saltó en el aire, alargando el pie derecho malignamente. Baxter alzó las manos, asió el tobillo, cayó de espaldas y, al hallarse en el suelo, retorció la pierna cruelmente.

Se oyó un gemido de dolor.

—¡Basta! —dijo el hombre.

Baxter enarcó las cejas.

—Resistes muy poco —comentó.

—¿Qué quieres saber? —preguntó el sujeto.

—¡Oh!, una cosa muy sencilla: el nombre de la persona que te ha enviado aquí.

—McLaine,

—¿El director del gimnasio?

—Sí.

Baxter se puso en pie y el otro se levantó, también. Pero casi en el mismo instante, Baxter se dió cuenta de que su adversario había simulado ceder, a fin de hacerle bajar la guardia.

Dos dedos buscaron sus ojos. Baxter apenas si tuvo tiempo de echarse hacia atrás. Pero pudo agarrar el brazo de su adversario, a quien hizo voltear sobre su cabeza.

El hombre se levantó ágilmente. Baxter fue más rápido y golpeó su sien con el canto de la mano derecha, Un cuerpo humano rodó por el suelo.

En la documentación del sujeto, Baxter halló un permiso de conducción a nombre de Chet Murphy. Volvió los documentos a su sitio y se encaminó hacia la salida.

Un par de minutos más tarde, hacía una llamada telefónica:

—Edna Wyngall no se ha suicidado. Si se dan prisa, todavía encontrarán al asesino en su casa.

* * *

Mientras aguardaba, Baxter leyó, en el diario, la noticia de la muerte de Edna Wyngall y de la detención de su supuesto asesino. Era una de tantas noticias que se producían a diario y no tenía excesivo relieve.

H. E. Pascuale entró, al fin, en su despacho y se sentó frente a su visitante.

—Al fin, he podido largar a ese pelmazo —dijo, sonriendo—. Bien, ¿qué te trae por la guarida del lobo?

—¿Te consideras un lobo, H. E.? —preguntó Baxter

—Algunos piensan que lo soy. Lo que sucede, es que los que piensan así, tienen la conciencia tan negra como el hollín. ¿Puedo servirte en algo, Budd?

—Sí. Desearía que me autorizasen una entrevista con Lorna Mill.

Pasquale miró de hito en hito a su visitante.

—¿Por qué, Budd?

—El caso me apasiona, H. E.

—Ella tiene ya un defensor.

—Tres: el abogado Gowan, tú y yo.

—Tienes un humor magnífico, Budd. ¡Mira que decir que yo soy el defensor de Lorna…!

—El fiscal, ¿no defiende la justicia?

—Hombre, si te pones en ese plan… Pero ella esté convicta…

—Sí, ha declarado que se puso furiosa y que disparó contra su esposo. Pero ¿no te has dado cuenta de la cantidad de puntos oscuros que hay en este caso?

Pasquale juntó las yemas de los dedos.

—A ver, empieza —pidió.

—Primero, el crimen se cometió en febrero y no se ha descubierto hasta mayo. Todo el mundo suponía que Mill se había ausentado, pero nadie sabía que estaba en el fondo del río. Lorna, naturalmente, calló.

—Sí, claro, era la asesina, le convenía el silencio.

—Y, de repente, se descubre el fiambre y a ti te envían una cinta grabada con la escena del crimen.

—Exacto, Budd.

—Sin embargo, hay quien ha declarado que todo padecía normal aquella noche.

—¿Quién es esa persona?

—Norman Kolt, el director de la empresa de contabilidad.

—¡Oh, sí! Yo he hablado con él. Sí, todo estuvo normal aquella noche, me dijo.

—Había un par de vigilantes. Uno de ellos, ha declarado haber dejado pasar a Lorna Mill, con la autorización de su esposo. Pero ¿cómo es que ninguno de los dos vio llevarse el cadáver? Eso no lo hizo Lorna; tuvieron que ser dos personas, al menos.

—Hay un montacargas que da al final de la planta ocupada por la empresa. Los que se llevaron el cadáver debían de conocer bien las costumbres de los vigilantes. Además, en las cajas fuertes donde se guarda la documentación importante, hay alarmas, y eso es lo que interesa a la empresa, sobre todo.

—Un argumento muy débil —calificó Baxter.

—Budd, ella ha confesado. ¿Qué más quieres?

—Sigue habiendo puntos oscuros —insistió el visitarte—. H. E., cuando Kolt se dio cuenta de la ausencia de Mill, avisó a la policía, esto es cierto. Pero ¿por qué no hizo revisar las cintas grabadas en la noche del dos al tres de febrero? Habría visto, inmediatamente, el crimen; ¿no te parece? Y en lugar de verlo, no ha sabido nada, hasta que alguien te envió esa cinta.

Pasquale se rascó pensativamente la mejilla.

—Tendré que investigar a fondo ese aspecto de la cuestión —admitió.

—Hazlo así, o tu carrera sufrirá un grave quebranto.

—De todos modos, son cuestiones secundarias. Lorna admite que disparó contra su esposo. Y esto es algo el jurado tendrá muy en cuenta, sobre todo, cuando se vea la grabación en que aparece la escena del crimen.

—Muy bien, como quieras. Pero ¿me das o no me das el permiso para visitarla?

El fiscal sonrió.

—¿Qué le vas a decir, Budd? —preguntó.

—Si lo deseas, puedes acompañarme. No tengo el menor interés en ocultar sus respuestas.

—Gracias, pero ahora tengo trabajo. Ven a verme otro rato y cuéntame tu entrevista con Lorna.

—Lo haré, H. E.

El fiscal se inclinó hacia el interfono. Habló brevemente y luego estrechó la mano de su antiguo condiscípulo.

—Ahora, cuando salgas, mi ayudante te dará un per miso escrito —indicó.

—Gracias, buen amigo —se despidió Baxter.

CAPÍTULO V

LORNA MILL aparecía pálida, con la cara lavada, sin sombra de maquillaje y con el pelo recogido en un severo moño. Bajo la bata carcelaria, se adivinaban las curvas de un cuerpo escultural, de contornos clásicos.

—¿Por qué quiere ayudarme usted, señor Baxter? —preguntó, después de que su inesperado visitante hubiera expuesto los motivos que le habían llevado hasta aquel lugar.

—Sus canciones me gustan enormemente, en especial, Nuestra estrella —contestó él—. Y tengo la seguridad de que usted ha sido objeto de una trampa.

Los labios de Lorna se curvaron hacia abajo, en una amarga sonrisa.

—Disparé contra mi esposo; es cuanto puedo decir —respondió.

—¿De veras, en aquellos momentos, sentía usted el ansia de matar?

Ella vaciló.

—Estaba furiosísima… Nunca me había pasado nada semejante…

—Su esposo la insultó. He visto una grabación de videotape. Le dijo algo verdaderamente ofensivo. Usted se cegó, claro.

—Sí.

—Entonces, usted dijo que ya no quería saber nada del hombre que la había dejado en la mejor edad y que quería el divorcio.

—Sí.

—Pero, además, había otro hombre.

Lorna abrió los ojos desmesuradamente,

—¿Cómo lo sabe? —inquirió.

—Ese hombre era Fowlinson.

El pecho de la joven se dilató tempestuosamente.

—Creí que podía ser el hombre de mi vida, pero me equivoqué — repuso.

—¿Cuál fue el error, Lorna?

—Tenía unos cuarenta años y era muy apuesto y agradable. Pero

muy pronto dejó ver su verdadero carácter. Quería guiarme en todo, controlar hasta el último céntimo de mis ingresos, dirigir mis actuaciones… Incluso hablaba de mis vestidos. Figúrese, controlar también mis ropas… Hubiera sido una esclava en sus manos y decidí romper con él.

—¿Antes o después de matar a Dane?

—Poco después.

—¿Le dijo a él que había disparado contra su esposo?

—Sí, a los pocos minutos. Hardy dijo que no me preocupase… —Lorna se retorció las manos—. Supongo que fue él quien hizo desaparecer el cuerpo de mi marido… Yo me sentía aterrorizada; no acertaba a coordinar bien mis ideas… Entonces debí haberme presentado a la policía, pero la sola idea de verme entre rejas, me producía un verdadero espanto…

—Ahora está encerrada —dijo Baxter—, De modo que la ruptura con Fowlinson tuvo lugar después de la muerte de Dane.

—Sí, al cabo de dos meses, aproximadamente,

—¿Tiene usted alguna idea de quién pudo haber matado a Fowlinson?

—No, en absoluto.

—Lorna, ésta es una pregunta muy delicada, pero le pido que me la conteste. ¿Hubo algo íntimo entre usted y Fowlinson?

—Sí.

Baxter meditó unos segundos. En el caso, pensó, una vez más, habla muchos puntos oscuros. Sin embargo, había uno de absoluta claridad: Lorna había disparado contra su esposo.

—Más preguntas —dijo, al fin—. Cuando apretó el gatillo, ¿tiró al cuerpo?

—No sé… Por un lado, creo que quería matarle… Por otro, sólo deseaba intimidarle… Pero el tiro salió inesperadamente…

—Estaba nerviosa y el dedo hizo presión, al crisparse…

—Eso supongo —admitió Lorna.

—Por favor, la última pregunta: ¿Era suyo el revólver?

—Sí, pero yo no lo había comprado.

—¿Cómo?

—Me lo regaló Fowlinson, hará cosa de cuatro o cinco meses. Dijo que, en ocasiones, salía tarde del trabajo y podía correr el riesgo de un asalto. La verdad, me pareció un consejo muy prudente…, aunque sí no lo hubiera seguido, ahora no estaría aquí.

—Eso es muy cierto —admitió Baxter—. Pero lo que encuentro verdaderamente extraño es que su esposo la citase en la oficina a la media noche.

—Yo había hablado con él por teléfono, pidiéndole una entrevista. Aquella noche, Dan llamó al club donde yo actuaba y me dijo que acudiera al terminar mi número, Pensé que era para acceder a mi petición…, pero sucedió todo lo contrario.

—El la llamó —dijo Baxter.

—Sí.

—Si la llamada se hizo al club, alguien tuvo que recogerla y pasársela.

—Uno de los camareros, en efecto. Pero dijo que se ruaba de un admirador, cosa nada infrecuente. Me llamaban muchos y el hombre tomó la llamada como una de tantas. Por supuesto, mi esposo no dio su nombre.

—Sí, la declaración del camarero no nos serviría para nada. —Baxter sonrió—. Lorna, su caso es muy difícil.

Ella suspiró largamente.

—Lo sé —murmuró.

—Pero, a pesar de todo, hay esperanzas —se despidió el visitante.

* * *

El gimnasio de McLaine aparecía cerrado.

En la puerta había un rótulo:

«CLAUSURAMOS, TEMPORALMENTE,
TODOS LOS ENTRENAMIENTOS»

McLaine había considerado prudente evaporarse, después del arresto de su compinche y de la extraña muerte de Dwill Zardo. Baxter, decepcionado, se preguntó dónde podría encontrar al tipo.

Tal vez el Hurón podía darle informes, al respecto. Al anochecer, fue al local donde Hank Thomas solía acudir.

Cuando estaba tomándose un whisky, se le acercó una rubia de formas exuberantes y sonrisa maliciosa.

—Buscas a Hank —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Baxter,

—Invítame a una copa. Me llamo Ida.

—Muy bien, Ida, pide a tu gusto. Mi nombre es Budd.

Ella se sentó en el taburete contiguo. La falda estaba abierta hasta la cadera. Llevaba medias negras, con ligas de encajes rojos.

—Vendo informes —dijo Ida, después de alzar su vaso.

—¿Cuál es el precio?

—Un rato de conversación, a solas.

—Ida, me parece que ese precio incluye algunos minutos de mudez.

Ella rio fuertemente, Sus senos se agitaron con las sacudidas de su torso.

—Puedes decirme algunas palabritas cariñosas a la oreja —insinuó.

Baxter puso un billete sobre el mostrador.

—Dejaremos recado a Hank…

—Hank me lo ha dejado para ti.

Baxter mostró sorpresa por aquellas palabras.

—¿Qué dices?

Ida se apeó del taburete y le agarró por un brazo.

—Ven y lo sabrás —sonrió.

—Ida, espero que no se trate de una trampa. No me gustaría tener que enviarte al hospital con media docena de huesos rotos —dijo Baxter, severamente.

—No hay trampas. Yo era muy amiga de la Manitas,

—¡Oh…! ¿La conocías?

—Bastante. Pero cada una trabajábamos en lo nuestro.

—Sé cuál era el oficio de Edna, pero ¿cuál es el tuyo?

—No pienses mal de mí, Budd. Hank y yo somos viejos conocidos. El me pidió que te aguardase. Nos debemos favores mutuamente. Pensé que podía hacerle el que me ha pedido.

—¿Qué le pasa a Hank, Ida?

—Ha tenido que esconderse. Le buscaban y no para darle palmaditas afectuosas en la espalda.

—¿Quién le buscaba?

—No me lo ha dicho, pero tenía un pánico espantoso.

Momentos después caminaban juntos por la calle. Ida se había colgado de su brazo y se portaba como una profesional que hubiese conseguido un buen cliente. Al cabo de un rato, entraron en una casa. Baxter se sorprendió de encontrarse un minuto después, en un departamento puesto con muchísimo gusto.

—No, tú no eres lo que aparentas, Ida —dijo—. ¿Cuál es el apellido?

—Fowlinson.

* * *

Baxter encendió un cigarrillo. Ida vertía whisky en sendos vasos. Baxter la estudió detenidamente. Era una mujer de cuerpo sensual, cuyos contornos aparecían muy acentuados por las ropas, sumamente ceñidas.

—Hermana de Hardy W. Fowlinson —dijo, al fin.

—Si.

—El vivía en Long Island, en una lujosa mansión.

—Cierto,

—¿Y tú…?

—Los Fowlinson varones han tenido, siempre, él defecto de ser unos dictadorzuelos. Mi abuelo, mi padre…, luego mi hermano… Un día me harté y le envié al diablo. Mi padre le había dejado a él la mayor parte de los bienes, pero eso no me arredró. —Ida entregó un vaso a su huésped—. Una chica emprendedora puede encontrar trabajo fácilmente, si se lo propone, y no solamente buscando clientes por las calles.

—¿Qué clase de trabajo, Ida?

—Muchas veces, adopto esta apariencia, porque me resulta conveniente. —Ida bebió un trago—. Me gano la vida en una agencia de Investigación.

—¡Oh! —dijo Baxter.

—Tengo treinta años ya, no te creas que soy una chiquilla. Estuve casada dos veces: la primera, terminó en un divorcio.

—¿Y la segunda?

—Le mataron. Trabajaba, también, conmigo. Era un hombre estupendo. Pero no soy de las que les gusta vivir de los recuerdos.

—Lógico, Ida.

Ella se sentó en el brazo del sillón y cruzó las piernas. La falda, tremendamente ajustada, amenazó con quedar a la altura de las caderas.

—Mi hermano era muy dominante. Le hubiera gustar do tenerme en casa…, no digo que no me hubiese impedido casarme, pero habría querido elegir el marido y tenemos dominados a los dos. Y eso no era cosa que me gustase, de modo que rompimos. Sin embargo, era un Fowlinson, y creo que alguien debe pagar su muerte.

—Ida, has dicho que estuviste casada dos veces. Pero usas el apellido Fowlinson —observó Baxter.

—Sólo para ti. El apellido de mi segundo esposo era más bien corrientito: Smith.

—Bien, Ida. Tu hermano murió asesinado…, ¿por qué?

Ella se mordió los labios.

—Tengo una vaga idea sobre unos documentos muy importantes, pero no sé más —contestó.

—¿Has estado en la mansión?

—Claro. Vestida de luto, peinada discretamente y con gafas oscuras —contestó ella.

—Ahora, todos los bienes de tu hermano son tuyos.

—Mañana he de acudir a casa de su abogado, a fin de estar presente en la lectura del testamento. Entonces sabré si soy rica o he de continuar trabajando.

—Muy bien. ¿Sospechas de alguien, como asesino de tu hermano?

Ida se echó a reir, al mismo tiempo que juntaba los dedos de la mano derecha en una pifia.

—Así, tenía los enemigos a montones.

—¿Por qué?

—Sus negocios, supongo.

—Pero creo que vivía de las rentas…

—Eso es lo que dice todo el mundo, Budd.

—¿Qué sabes tú de los negocios, Ida?

—Eran muy variados y, algunos, escasamente legales, por no decir ilegales. Pero dirigía todo el tinglado desde la casa de Long Island.

—Ida, ¿sabías tú que Hardy era el amante de Lorna Mill?

—Sí, lo sabía.

—¿Qué piensas de ese asunto?

Ella se encogió de hombros.

—Un hombre, una mujer… Algo tan viejo como el mundo, Budd.

—Sí, un tema muy viejo. Volvamos a otro más moderno. ¿Qué te ha dicho Hank?

—McLaine ha escapado. Teme ser relacionado con la muerte de Edna WyngalL

—¿Está relacionado?

—Sí.

—Pero él no lo hizo

—Fue Chet Murphy.

—Por orden suya.

—Es de suponer.

—Había un tal Dwill Zardo, que estaba empleado en el gimnasio de McLaine. Apareció muerto en casa de tu hermano.

—Es curioso. Nadie sabe qué hacía allí aquel tipo, pero apareció con un puñal clavado en el pecho. ¿Qué sabes tú sobre el particular?

—¿Yo? —Baxter soltó una risita—. Lo que han dicho los periódicos, nada más.

—Un crimen lleno de enigmas —comentó Ida, a media voz.

—Es cierto. Dime, ¿qué opinas de Lorna Mill?

—¿Como cantante o como mujer?

—Ambos aspectos.

—Buena en todo. Muy hermosa.

—Me dijo que rompió con tu hermano, porque que ría tenerla

secuestrada o poco menos.

—No te mintió, Budd, te lo aseguro.

—Creo que me dijo la verdad, en efecto. Bien, de modo que Hank se ha escondido por miedo…

—El te puso en contacto con Edna, a Edna la asesinaron y teme por su pellejo.

—Lógico. ¿Sabes dónde está McLaine?

—No tengo la menor idea, pero lo averiguaré, descuida.

—¿Cómo, Ida?

Ella estaba todavía sentada en el brazo del sillón y se inclinó hacia adelante. Baxter admiró el atractivo panorama que se divisaba, merced a un amplio escote.

—¿No te lo imaginas? —preguntó ella, maliciosa.

—Creo que será imposible que nadie resista a tus encantos —dijo Baxter.

—¿Y tú?

—Cuando estoy junto a una mujer hermosa, me sien to terriblemente débil, incapaz de decir que no.

Ida le mordisqueó en los labios.

—Antes te he pedido un precio por mis informes —murmuró, ardientemente.

—¿Dónde está el lugar de cobro?

Ella se levantó y alargó una mano, para agarrar la de su huésped.

—Ven, yo te guiaré —dijo.

* * *

El abogado terminó la lectura del testamento y miró a Ida Fowlinson por encima de sus antiparras.

—La casa es suya, porque fue siempre de la familia, señora —dijo —. En cambio, todos los demás bienes irán a parar a las entidades benéficas que se mencionan en el testamento, salvo las mandas otorgadas a la servidumbre.

Ida hizo una mueca.

—¡Un testamento propio de mi difunto hermano, que en el infierno esté! —dijo, desabridamente.

Baxter se hallaba sentado junto a ella. En otras sillas aparecían tres personas más: el mayordomo, la doncella y la cocinera del difunto.

—Venderé la casa —añadió Ida—. No soy partidaria del culto a los antepasados.

—Si quiere que me encargue de ello —sugirió el abogado.

—Por supuesto. Redacte un documento de plenos poderes y ya

vendré a firmarlo. —Ida se volvió hacia Baxter—. ¿Quieres acompañarme a visitar la casa?

—Será un placer —accedió el joven.

Ida se puso en pie. Vestía severamente y su aspecto era muy distinto del que ofrecía la víspera.

—Ustedes pueden volver allí y recoger sus cosas —dijo Ida, dirigiéndose a la servidumbre.

—Señora, si no le importa, me gustaría quedarme con <Tootsy» —manifestó la cocinera, mujer de mediana edad—. Ya tengo un empleo en casa de unos vecinos, y están de acuerdo que lleve al perro. «Tootsy» les conoce, también, mucho: lo vieron cuando era un cachorrillo y, a veces, le daban algo de comida…

—No hay inconveniente —accedió Ida—. ¿Vamos, Budd? Usted también debiera venir con nosotros, señora Harston, puesto que la conoce el perro.

—SI, señora.

Ida conducía el coche en el que viajaban los tres. Una hora más tarde detuvo el vehículo. La cocinera se apeó para entretener al perro. Baxter y la joven entraron en la casa. Al cruzar el umbral, Ida lanzó un hondo suspiro.

—Nunca me imaginé volver aquí en estas circunstancias —exclamó, un tanto evocadoramente.

—Parece que no estarás mucho tiempo en la casa —apuntó él.

—He estado pensando en ello durante el camino. Aún no estoy decidida del todo a venderla.

—¿Por qué?

—Debo de ser una sentimental incorregible. Hay muchas cosas que me recuerdan mi niñez: cuadros, muébles, objetos de adorno… Hardy y yo podíamos estar distanciados, pero no olvido que la casa ha pertenecido a los Fowlinson durante generaciones.

—Sin embargo, debe de resultar cara de mantener.

—Eso es, precisamente, lo que me hace dudar. Pero ¿adónde me llevo las cosas que quisiera conservar? Mi apartamento es pequeño, y no estoy en condiciones de alquilar uno mayor. Mi situación financiera no me lo permite.

Mientras hablaba, Ida se había acercado a la puerta de la biblioteca. Después de abrirla, dijo:

—Aquí es donde murió mi hermano, Budd.

CAPÍTULO VI

MIENTRAS contemplaba la estancia desde la entrada, Baxter no quiso decir que ya había estado allí en una ocasión. Ida, a su lado, permanecía inmóvil y él respetó su silencio. De pronto, Ida señaló un cuadro situado a la derecha de la mesa de trabajo.

—Al otro lado, está la caja fuerte.

—Tendrá una combinación, supongo.

—Claro.

Ida abrió su bolso y sacó un papelito que enseñó a su acompañante.

—Aquí está la clave —indicó.

Baxter tomó el papel.

—Si quieres que abra…

—No deseo causarte molestias —sonrió Ida.

—¡Oh, en absoluto!

—La señora Smith tiene toda la razón del mundo, amigo: no desea causarle molestias. No se preocupe, y yo me encargaré de abrir la caja.

Baxter y la joven se volvieron en el acto, al oír la voz de una persona extraña. Ella lanzó un pequeño grito, cuando vio el revólver que empuñaba el desconocido con mano firme.

—Esa combinación me ahorrará una enormidad de tiempo —añadió el sujeto—. Ahora, por favor, escuchen los dos. La señora Smith cortará un cordón de las cortinas, para atarle a usted a ese sillón —lo señaló con el revólver—. Luego, yo me ocuparé de la señora Smith.

Baxter estudió, un instante, al desconocido. La distancia era excesiva para salvarla de un salto e intentar desarmarle. El hombre pareció adivinar sus pensamientos y se echó a reír.

—No lo intente —dijo—. He venido en son de paz, pero, si es necesario, haré la guerra. Vamos, señora, cumpla mis órdenes.

Ida avanzó hacia la mesa y tomó unas tijeras que había en ella. Fue hacia una de las cortinas y cortó los cordones.

Sin pronunciar una sola palabra, Baxter se sentó en el sillón que le

habían indicado. Ella le ató, bajo la crítica mirada del asaltante.

A continuación, el hombre, con una sola mano, ató a Ida, sin soltar el revólver una sola vez. Terminada la operación, miró, sonriente, a la pareja.

—Siento mucho causarles tanta molestia, pero no tengo otro remedio. Ustedes sabrán ser comprensivos y disculparme —dijo.

—Si no sabemos lo que busca, ¿cómo le vamos a disculpar? —exclamó Baxter, agudamente.

—No trate de hacerme picar —contestó el sujeto, quien ya tenía el papelito con la combinación.

Se acercó a la caja y, tras guardar el arma en la pretina del pantalón, hizo girar el cuadro a un lado. El metal de la caja fuerte quedó al descubierto.

El hombre, que Baxter apreciaba joven y no mal parecido, se frotó las manos de satisfacción. Luego sacó del bolsillo el papel con la clave y empezó a hacer girar la rueda de la combinación. Baxter e Ida, inmovilizados en sus respectivos sillones, contemplaban la escena desde seis u ocho pasos de distancia.

—¡Ajá, ya está! —dijo el sujeto, momentos después.

Agarró la manija y tiró de la puerta, un poco. Luego se situó frente al hueco y terminó de abrirla con la mano. Entonces, un chorro de fuego brotó de la caja, junto con una nube de humo y una espantosa detonación que hizo trepidar las paredes.

Ida lanzó un terrible chillido. Con ojos desorbitados, Baxter vio que el rostro del desconocido saltaba en una explosión de sangre. Un segundo después, el hombre se desplomaba al suelo. Pateó convulsivamente unos momentos, pero eran movimientos reflejos. Luego, poco a poco, acabó por quedarse completamente inmóvil.

En la biblioteca había un fuerte olor a pólvora quemada. Baxter oyó un gemido y volvió la cabeza. Incapaz de resistir aquel horrible espectáculo, Ida había perdido el conocimiento.

* * *

Los policías se fueron muy tarde. La señora Harston se quejó de tener que limpiar la biblioteca por segunda vez, después de un asesinato. El encargado del caso, después de interrogar detenidamente a la pareja, se llevó también la escopeta recortada que había formado parte de la mortífera trampa. Realmente, la longitud de los cañones era mínima y no tenía culata; sólo un soporte necesario para estar situada en la posición adecuada.

Ida se sentía desmadejada, e incapaz de coordinar sus ideas. Baxter, más repuesto, se acercó a la caja fuerte. Edna la Manitas, había

estado a punto de morir en aquel lugar. Claro que su muerte se había retrasado sólo en unas pocas horas. Pero ¿por qué había tenido que defender Fowlinson, de tal modo, el contenido de la caja fuerte?

El hueco se prolongaba hacia abajo. Baxter estudió el mecanismo. Actuaba según el grado de apertura de la puerta. Movió ésta y pudo ver subir y bajar el mecanismo, por un sistema de palancas conectado a la puerta. Cuando el soporte se ponía horizontal, se producía el disparo.

—Budd —dijo ella, de pronto.

Baxter se volvió un instante.

—La señora Harston dice si quieres cenar —consultó Ida.

—Aguarda un momento, por favor.

—¿Qué haces?

—Estoy mirando cómo funciona el mecanismo de disparo. ¿Sabías tú algo, al respecto?

—No, no tenía la menor idea. Si hubiese sospechado algo, se lo habría dicho al intruso. Aunque se hubiese llevado todo el contenido de la caja, creo que, tarde o temprano, le habríamos encontrado.

—Es una suposición muy razonable, pero el hecho incontrovertible es que ese tipo está muerto. Por favor, Ida, ¿quieres venir un momento?

Ella se acercó. Baxter le enseñó el funcionamiento de la trampa.

—Pero ¿cómo no lo vio ese desgraciado? —se asombró Ida.

—Ya no tenía tiempo. La escopeta asomó con gran rapidez, cuando la puerta estaba a punto de terminar su giro. Recuerda; él abrid un poco y luego terminó de situarse frente a la caja. Movió el brazo hacia su derecha, para que la puerta se abriese por completo. La escopeta asomó como la lengua de una serpiente.

Ida se estremeció.

—Una metáfora sumamente acertada —comentó.

De pronto, se volvió hacia Baxter.

—Pero hay cosas que ignoramos todavía —comentó.

—¿Por ejemplo?

—A veces, él tendría necesidad de sacar alguna cosa de la caja fuerte.

—Es de suponer, Ida.

—¿Cómo desarmaba la trampa, Budd?

Baxter se inclinó hacia el hueco. Casi podía meter la cabeza.

Después de examinar el interior un momento, creyó haber hallado la solución. Sacó la cabeza y dejó la puerta casi cerrada. Luego la abrió hasta la mitad.

—Fíjate —dijo.

Ida vio que Baxter metía la mano por el hueco. Oyó un chasquido. Luego, él terminó de abrir la puerta. El mecanismo de disparo permaneció inmóvil.

—Creo que comprendo —dijo—. Hay una conexión…, pero eso es todo; no hay nada más en ese hueco.

—Algo debe de haber, o no merecería la pena instalar una trampa para proteger el contenido.

Baxter examinó con ojos críticos el hueco. Al otro lado había una pared de acero. No parecía lógico instalar una trampa sin nada que proteger.

De pronto, recordó la llave de conexión de la trampa. Era parecida a un antiguo interruptor de la luz. Alargó la mano y la hizo girar. A cada cuarto de vuelta se oía un chasquido.

De pronto, la pared de acero del fondo se deslizó silenciosamente hacia abajo. El interior de la caja fuerte quedó al descubierto.

—La señora está servida —sonrió Baxter.

Había varios estantes, en uno de los cuales vio un sobre, el mismo que, sin duda, había venido a buscar Edna Wyngall. También había otras cosas: varios ordenados fajos de billetes de a cien, nuevos, con el precinto del Banco, todavía.

—¡Me voy a desmayar! —exclamó Ida.

Baxter contó uno de los fajos. Había cien billetes, lo que suponía diez mil dólares. Como los fajos eran veinte, el total ascendía a doscientos mil.

—Menos mal que no has vendido la casa —sonrió—. Menuda sorpresa se hubiera llevado el comprador.

Súbitamente, con gesto impulsivo, Ida echó mano a uno de los fajos de billetes y se lo entregó a Baxter.

—¡Toma, te lo has merecido! —exclamó, vehementemente.

Baxter hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, gracias, no podría aceptarlo…

—Budd, por favor…

—Ida, te lo ruego, no insistas. En lugar del dinero te pediré dos cosas.

—Lo que quieras —contestó ella, en el acto.

—Esto, lo primero…

Baxter se apoderó de un cartucho de videotape.

—Te lo devolveré, apenas lo haya examinado —prometió.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—El sobre.

Ida lo sacó y se lo entregó.

—Tómalo —dijo.

—No me llevaré nada —aseguró Baxter—, Únicamente siento curiosidad por saber qué contiene este sobre. Edna murió por no haberlo conseguido.

—Sí, es cierto. Ábrelo, Budd.

Baxter tomó una plegadera y rasgó el sobre. Un puñado de cuartillas revoloteó sobre la mesa.

—¡No hay nada; todas están en blanco! —exclamó Ida, atónita.

Baxter no se sentía menos sorprendido. Examinó las cuartillas con toda atención, mirándolas, incluso al trasluz, una por una. No había nada.

—Tu hermano debía ser un humorista —dijo—. Ahora sólo faltaría que no hubiese nada en el cassette de videotape y que la cinta estuviera virgen.

—En la casa no hay ningún televisor con reproductor de programas —manifestó ella.

—Ya lo veré en mi apartamento —contestó él—. ¿Te quedas aquí?

—Sí. Llévate mi coche. Creo que… debo hacer compañía a la señora Harston.

—Y al perro —sonrió él—. «Tootsy» tiene un aspecto impresionante, pero se deja narcotizar por el primero que se le acerca.

Ida le acompañó hasta la puerta, y le besó suavemente en los labios.

—Llámame mañana —pidió.

—Descuida.

Cuando llegó a su casa, muy avanzada la madrugada, Baxter comprobó que, efectivamente, el cassette sólo contenía cinta virgen.

Mientras se desnudaba, pensó que en alguna parte había un sobre con unos papeles importantes —¿para quién? — y un cartucho con una grabación, cuyas escenas no alcanzaba a imaginar siquiera.

* * *

—Tienes que enviarme todo lo que tengas de Hardy W. Fowlinson —dijo Baxter, a la mañana siguiente. Denis Gray arqueó las cejas.

—El millonario asesinado en Long Island.

—Sí, aunque quizá lo de millonario sea una exageración. De todas formas, no se puede negar que tenía una buena posición económica.

—Está bien. Oye, la casa de Fowlinson es un matadero…

—No me lo recuerdes. Sobre todo, la trampa de la caja fuerte. Me dan escalofríos cada vez que pienso en ello.

—Tuvo que ser desagradable, en efecto.

—¡Ah, Denis!; también quiero datos de Norman Kolt. Si hay algo

en los archivos, claro.

—Haré lo que pueda. ¿Algo más?

—El tipo que murió al abrir la caja fuerte se llamaba Emil Wright.

—Comprendido, Budd.

Baxter cortó la comunicación y la pantalla se apagó. Salió del cuarto de comunicaciones, presionó el resorte de cierre y, un segundo después, saltaba a más de un metro de altura, con las piernas recogidas, a fin de eludir un terrible golpe de katana, el sable de los samuráis, asestado por su criado Koye a ras de las rodillas.

Naturalmente, el sable había sido sustituido por un bastón de longitud análoga. Al ver fallado su ataque, Koye levantó la katana sobre su cabeza y descargó un golpe, como si fuese a partir la cabeza de su amo.

Baxter saltó a un lado, a la vez que giraba en redondo, de tal modo, que llegaba casi a dar la espalda a Koye. Al mismo tiempo, saltaba, estirando el pie derecho hacia la garganta de su adversario, pero el criado esquivó el golpe. No obstante, Baxter ya contaba con ello y, apenas puso las manos en el suelo, volteó espectacularmente, para dar un nuevo salto y quedar frente a su adversario.

Koye quedó con la katana ligeramente levantada, las manos un tanto alargadas y el pie derecho adelantado, en la posición de ataque Kiri-oroshi, o tajar con el sable. Pero en aquel preciso instante el timbre del teléfono rompió la tensión del entrenamiento.

—Deja, yo atenderé la llamada.

Baxter levantó el aparato _y dio su nombre. Entonces, alguien dijo:

—Dispense, me he equivocado de número.

El teléfono volvió a su sitio. Baxter miró a su criado.

—Ha sido un error —declaró—. Lo siento, se ha roto ya el encanto y ninguno de los dos nos sentiríamos a gusto reanudando el duelo.

—Tiene toda la razón, señor —convino Koye—. ¿El señor piensa salir a alguna parte, esta mañana?

—Sí, tengo que ver a mi estrella favorita —sonrió Baxter.

CAPÍTULO VII

—¿SABÍA usted que Fowlinson tiene una hermana?

Lorna Mill expulsó el humo del cigarrillo, recién encendido por su visitante.

—Claro —contestó.

—Pero no la conoce personalmente.

—No, aunque una vez vi una fotografía en el salón de la residencia de Hardy. Era una fotografía familiar, hecha hace unos seis o siete años.

—¿Qué sabe de la hermana de Fowlinson?

—A él no le gustaba hablar del asunto. Cuando le pregunté quién era aquella muchacha que figuraba en el grupo familiar, hizo un gesto de desagrado. Cuando, después, quise saber si estaba casada, extrañada por no verla en la casa, él me dijo que la había tenido que echar a la calle.

—¿Por qué?

Lorna remoloneó un poco.

—Dijo que la había encontrado en la cama, con el chófer. Despidió a los dos, claro. Al chófer lo puso de vuelta y media y el hombre le replicó. Cuando Hardy, enfurecido, quiso pegarle, el otro le dio un tremendo puñetazo. Ida aplaudió. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con mi caso?

—Tal vez más de lo que se imagina. Lorna, ¿vio a Fowlinson abrir la caja fuerte, en alguna ocasión?

—No.

—Tenía una trampa mortal. ¿Le dijo él algo sobre esa trampa, en alguna ocasión?

—No, nunca, absolutamente.

Baxter metió la mano en el bolsillo y sacó un papel. Aunque no se lo dijo a la joven, el nombre que estaba allí escrito procedía de la hoja que había arrancado del bloc de notas del difunto. El lápiz o el bolígrafo usado por Fowlinson, habían presionado sobre el papel, haciendo que las palabras escritas se marcasen en la hoja que estaba

situada inmediatamente debajo. Luego, con la ayuda de un poco de polvo de grafito y un espejo, había podido leer el nombre.

—¿Quién es Gerald F. Ross?

—No lo sé, no le conozco.

Baxter hizo un gesto pesaroso.

—Su caso está muy difícil —observó—. Mató a su esposo y, por si fuese poco, no declaró nada a la policía, hasta que se descubrió el cadáver.

—Lo sé. Mi abogado me ha aconsejado que me declare culpable. El juez puede tenerlo en cuenta, al dictar sentencia. El señor Gowan dice que es muy posible conseguir un veredicto de trastorno mental transitorio. De este modo, la pena resultaría muy pequeña. ¿Qué me aconseja usted?

—Visto desde el ángulo de la defensa, la tesis de su defensor parece muy aceptable. Pero…

—Usted no parece muy convencido de que sea necesario proceder así, ¿verdad?

Baxter se rascó la mejilla con el pulgar.

—Usted disparó contra su esposo y luego alguien tuvo mucho interés en hacer desaparecer el cadáver, para sacarlo a relucir en el momento más conveniente para sus intereses. Aun considerándola culpable, aquí hay mucho más de lo que puede aparentar algo tan relativamente vulgar como la muerte de un hombre, a manos de su esposa.

—Fowlinson quería ayudarme…

—¿Y quién sabe si, después, no quiso hundirla?

—¿Cómo?

—La ruptura se produjo un par de meses después de la muerte de Dane. ¿No cree que Fowlinson pudo sentirse despechado?

Lorna meditó un instante.

—Tal vez —admitió finalmente—. Pero no hay seguridad.

—El está muerto y no podemos preguntárselo.

—Aguarde un momento —pidió Lorna—, ¿Por qué no va a ver a Tracy Quatter?

—¿Quién es ese individuo?

—Una mujer; mi representante. Tracy me dijo que había hablado con Fowlinson a poco de la muerte de mi esposo. Fowlinson quería representarme. A mí no me gustaba la idea. Tracy lo hace muy bien y siempre me consiguió buenos contratos. No tenía por qué despedirla. Puesto que Hardy y yo íbamos a casamos, Tracy podía seguir representándome con plena independencia de mi matrimonio. Pero, además…

—Además, ¿qué?

Ella le miró fijamente.

—Hardy volvió a visitarla pocos días antes de que me detuvieran. Tracy me lo ha dicho cuando yo estaba ya en la cárcel. Fowlinson le propuso que se convirtiera en su amante. Tracy le respondió con una solemne bofetada.

—Vaya con el difunto. Era un vivales —comentó Baxter, cáusticamente.

—Nuestro matrimonio habría resultado un fracaso —dijo Lorna, con voz apagada.

—Entonces, es mejor que las cosas hayan seguido este camino. Usted saldrá un día y quedará libre… y volverá a ser la estrella admirada por todos…

Lorna hizo un gesto negativo.

—No me hago ilusiones, Baxter. Lo mío fue un fogonazo, un boom temporal… La gente de hoy gusta de otro tipo de música, más ruidosa, llena de estridencias. Ademas, el proceso será algo sonado y no me beneficiará, ciertamente y, por otra parte, tampoco me apetece volver a cantar en público, sabiendo que me van a mirar morbosamente…

Baxter apreció que la joven estaba muy desmoralizada. Era una lástima, pensó; le iba a costar mucho rehacer su vida.

—Lorna, ¿quiere darme la dirección de Tracy Quatter?

—Sí, desde luego.

* * *

—¡Ah, el insigne canalla de Fowlinson! —exclamó Tracy Quater—. Y bien…, ¿qué interés tiene usted en ese asqueroso individuo, afortunadamente huésped preferente del infierno?

Baxter sonrió, al oír aquellas palabras. Tracy hablaba con un cigarrillo encendido pendiente de los labios. Era una mujer delgada, nerviosa, vestida con blusa y pantalones muy ajustados. Tenía el pelo claro y los ojos negros y en su silueta no faltaban los detalles suficientes para considerarla una mujer atractiva.

—Bueno, quiero ayudar a Lorna.

—Ella ya tiene un abogado.

—El caso me apasiona —dijo Baxter.

—¿Por qué?

—¡Mujer, imagínese! Ella disparó contra su esposo, pero pasaron casi tres meses antes de que se descubriera el crimen. Fowlinson lo tapó en el primer momento, pero luego, parece ser, delató el hecho a la policía, sin duda por vengarse de Lorna.

—No me extraña. Aparentemente, era un caballero, pero en cuanto se rascaba la piel un poco, aparecía el rufián. Fowlinson era capaz de

eso y de mucho más.

—Quería que usted dejase de representar a Lorna.

—Y Lorna no quería que yo dejase de ser su representante. Modestia aparte, entiendo mucho del asunto. Lorna, por supuesto, no es mi único representado. Tengo muchos artistas de todas clases en mi «cuadra» —declaró Tracy, con justificado orgullo.

—¿También Olympus Clatham?

—También.

—Una pregunta, señora Quatter…

—Tracy, simplemente —indicó ella.

—Bien, Tracy, de acuerdo. ¿Sabe usted algo de la hermana de Fowlinson?

—Es una perra en celo, constantemente.

—¡Ca… ramba!

—Lo que oye. A esa pájara le pasa lo mismo que a los alcoholicos: serían capaces de beberse hasta el masaje para afeitar. Para Ida, con tal de que sea hombre, cualquiera vale para llevárselo a la cama.

—Bueno, pero yo me refería a otras cosas…

—No sé nada. —Tracy se encogió de hombros—. Y no be tenido apenas relación con esa fulana, de modo que no me he preocupado, en absoluto, de su vida.

—Entonces, ¿cómo sabe de su afición por los hombres?

—Me lo dijo un amigo suyo, Gerald.

Baxter aguzó el oído.

—¿Ross?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Fue el chófer de Fowlinson. Este los encontró a los ios en la cama y los echó de casa. Pero ya hace algunos años, Tracy.

—No lo sabía. Vaya con el bueno de Gerald… Y parecia una mosquita muerta…

Baxter se dio cuenta del despecho que latía en las palabras de Tracy.

—¿Representó algo en su vida?

—Hubo un pequeño romance…

—Pero luego rompieron.

—Sí, claro.

—¿Puedo conocer los motivos?

Tracy miró con fijeza a su visitante.

—No me gustan los tipos que se mezclan en cierta clase de asuntos nada limpios —contestó.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé, exactamente, pero un día apareció con un

impresionante rollo de billetes. Cuando le pregunté como había ganado aquel dinero, me dijo que había apostado en el hipódromo. Era una mentira; yo sabía rae las apuestas no eran su fuerte. Además, en aquellos momentos, estaba sin trabajo. Me olí algo sucio y cuando que no iba a decirme la verdad, le puse de patitas en la calle. Ya no le he vuelto a ver más.

—Tracy, usted, sin duda, debe de conocer la direccion de Ross.

—Sí, aunque no le garantizo que siga viviendo en el mismo sitio…

—Démela, por favor.

Baxter anotó los datos en su libreta. Luego se puso en pie.

—Gracias por todo, Tracy —sonrió.

—Oiga —exclamó ella—, ¿qué interés tiene usted en Lorna?

—Soy un ferviente admirador de su arte.

—¿Sólo del arte? —preguntó Tracy maliciosamente.

—La he conocido en la cárcel. Antes sólo la había visto en fotografía, o en la televisión.

Tracy lanzó un hondo suspiro.

—A mí también me gustaría tener admiradores de esta clase —dijo.

—Pero no está en un serio compromiso, como Lorna. No obstante, si eso puede tranquilizarla, le diré que también admiro, y mucho, su belleza.

—Gracias, Budd. ¿Por qué no viene un día a admirarme…, sin prisas y sin platonismos?

Baxter se echó a reír.

—Algún día, en efecto —contestó.

* * *

—El caso parece cada día más embrollado, H. E. —dijo Baxter, después de relatar a su amigo todo lo que sabía, durante el transcurso del almuerzo que habían hecho juntos.

—Ella no lo tiene bien —contestó Pasquale—. El jurado podría mostrarse comprensivo, si se hubiese presentado a la policía, apenas cometido el delito. Pero prefirió callar y nadie supo lo ocurrido, hasta que se recibió el «soplo».

Baxter se frotó vigorosamente el mentón.

—Lo sé —dijo, preocupado—, Pero hay algo, no puedo definirlo con exactitud, que me inclina a pensar en su inocencia.

Pasquale saltó en su asiento.

—¡Por Dios, Budd! —exclamó—. ¡Pueden aceptarse algunas atenuantes, pero no la inocencia absoluta! ¡Ella disparó contra su

esposo! No sólo está registrado en una cinta de videotape, sino que lo ha admitido.

—De todos modos… H. E., basándonos en nuestra amistad personal, ¿podrías darme una copia de esa grabación?

El fiscal se hizo el remolón.

—No puedo…

—H. E., tú sabes que yo no voy a hacer mal uso de la copia, ni la voy a vender a nadie ni especularé con ella.

—Está bien, te daré esa copia, aunque, la verdad, no sé qué puedes ver en ella que no esté ya prácticamente resuelto.

—En todo caso, si no consigo ver nada, al menos habré disipado mis dudas y seguiré creyendo en la culpabilidad de Lorna.

—Esa chica te ha sorbido el seso —rió el fiscal—. Porque guapa lo es un rato.

—Aún me gusta más su canción, H. E. —dijo Baxter, evocadoramente.

—Es preciso reconocer que se trata de una hermosa melodía —convino Pasquale. Y como ya habían terminado el almuerzo, levantó la mano para llamar al camarero.

—¡Deja, yo pagaré la cuenta! —exclamó Baxter.

—Lo tomaré como un soborno, Budd —protestó el fiscal.

—Entonces, que cada cual pague su gasto.

—Eso ya es otra cosa.

Los dos amigos se separaron al salir del restaurante.

—¿Adónde vas? —preguntó Pasquale.

—Tengo que hablar con un tipo llamado Gerald F. Ross —contestó Baxter.

—Ross —dijo el fiscal, pensativamente—. Ten cuidado, es un pájaro de cuenta.

—¿Qué sabes de él, H. E? —inquirió Baxter, vivamente interesado, después de oír aquellas palabras.

—Mucho, y nada bueno. Si he de serte sincero, me gustaría poder agarrarlo por el pescuezo y meterle una larga temporada entre rejas. Ross desconoce el significado de la palabra honradez.

—Tal vez yo se lo explique. Fue chófer del difunto Fowlinson, ¿lo sabías?

—Eso es nuevo para mí, Budd. Debió de marcharse hace tiempo, ¿no?

—Fowlinson lo pilló acostado en la cama con su hermana. Los dos salieron de la casa.

—¡Angelitos! —dijo el fiscal, burlonamente—. Pero ella es, ahora, la heredera…

—Sólo de la propiedad. Los demás bienes, han ido a obras benéficas. Bien, voy a ver qué me cuenta el buen Gerald F. Ross.

—A lo mejor te propone que le compres «hierba» —rió Pasquale.

Baxter agitó una mano. Tenía el coche cerca y abrió la portezuela. Minutos más tarde, rodaba hacia la casa donde vivía Ross.

Se preguntó si seguiría en la misma dirección. Obtuvo la respuesta media hora más tarde, cuando una puerta se abrió y el hombre que estaba al otro lado del umbral le preguntó quién era.

—Baxter —contestó el visitante—. ¿Se llama usted Ross?

—Sí. ¿Qué desea?

—Quiero hablar con usted, Gerald.

Ross le miró especulativamente.

—¿Policía?

—Ya le habría enseñado la placa, ¿no cree?

—Está bien, entre.

El piso de Ross, apreció Baxter, era corriente. Una decoración en serie, sin el menor toque personal. En un rincón divisó una bolsa de palos de golf.

—¿Le gusta ese deporte? —preguntó.

—A veces. Pero la bolsa está ahí, porque un amigo me debía dinero. Si un día me hace falta, la venderé. Los palos son buenos y, prácticamente, están sin usar

Ross se acercó a la bolsa y sacó un palo, que movió varias veces con ambas manos. Luego miró a su visitante.

—Y bien, ¿qué le trae por aquí?

—Hablar de Fowlinson —contestó Baxter.

Ross seguía moviendo el palo de golf, como si hiciese prácticas de juego de muñecas. Súbitamente, lo alzó sobre su cabeza y descargó un golpe en dirección a Baxter.

CAPÍTULO VIII

BAXTER había captado un repentino brillo en los ojos de Ross y esto le hizo sospechar la inminencia de un ataque. Cuando el palo bajaba en busca de su frente, dio un cuarto de vuelta a la derecha, a la vez que echaba hacia atrás el pie del mismo lado. El palo descendió, sin encontrar el blanco, y Baxter alargó las manos para aprisionar las de su adversario.

Una fracción de segundo después, Ross empezaba a desequilibrarse. Baxter alzó la mano izquierda y la pasó por detrás del cuello de Ross, para agarrarle la solapa derecha de la chaqueta. Así inició el principio de la estrangulación, una maniobra que no había tenido tiempo de acabar aquella mañana en el entrenamiento con su criado. El palo de golf había sustituido a la katana pero, evidentemente, Ross era un sujeto con una ignorancia absoluta respecto a las Artes Marciales.

Ross forcejeó. Fue en vano, la presa de que era objeto resultaba indestructible.

Baxter aumentó la presión de su brazo izquierdo, en torno al cuello de Ross.

—Por si no lo sabías, te diré que esto es judo, la cuarta kata, segunda serie, llamada Kiri-oroshi, es decir, la defensa contra un ataque con sable que se dispone a tajar la cabeza. Cuando el atacante ha sido dominado, debe golpear su muslo izquierdo con la mano libre…, ¡de lo contrario, puede morir estrangulado. —exclamó, duramente.

Ross movió la mano en el acto. Baxter se apodere del palo y, con la contera lo empujó hacia la pared.

—Y ahora, hablemos, Gerald. ¿O te llaman Gerry?

Ross soltó un bufido.

—No tengo nada que decir…

—Fowlinson escribió tu nombre el mismo día en que murió. ¿No te dice eso nada?

La cara de Ross se puso gris.

—Eso no es cierto —exclamó.

Baxter entornó los ojos.

—¿Tienes un arma en casa? —preguntó.

Los labios de Ross se contrajeron. De súbito, Baxter pensó en el perro. «Tootsy» era muy manso y Ross podía habérsele acercado sin que el animal recelase. En cuanto a la cocinera y a la doncella, quizá conocían a Ross…, y habían callado por temor. O tal vez no le habían visto, cosa posible, por otra parte. En todo caso, lo cierto era que Ross conocía bien la casa.

—Tú lo mataste —acusó.

—No…, no es cierto —dijo Ross, desesperadamente.

En aquel instante, Baxter se dio cuenta de que estaba frente al culpable.

—Lo mataste —repitió—. Entraste en la casa sin llamar. «Tootsy» te reconoció y por eso no ladró siquiera. La cocinera y la doncella no advirtieron nada, porque, seguramente, usaste un arma con silenciador. Conocías bien la casa y te resultó muy fácil entrar. Incluso pensaría que Fowlinson no murió instantáneamente,

—No, no, eso no es cierto…

Ross se sentía aterrado. Toda su moral se había venido abajo, de golpe, advirtió Baxter.

Implacable, prosiguió:

—Disparaste contra él y, creyéndolo muerto, empezaste a registrar el despacho. En algún momento, tenías la espalda vuelta a Fowlinson y éste, tal vez sin sentido, lo recobró por unos segundos, el tiempo justo para escribir tu nombre. Pero te diste cuenta y arrancaste la hoja que, a estas horas, ya habrás quemado. Sin embargo, olvidaste un detalle importante: Fowlinson hizo presión con el bolígrafo y tu nombre quedó marcado en la siguiente hoja. Pero no fuiste allí por propia iniciativa. Alguien te envió…, tal vez pagándote, o acaso presionándote. Dime el nombre de esa persona, Ross.

El sujeto estaba lívido. Baxter supo que era hombre de moral muy débil. Un poco más de presión y acabaría por hablar.

—¡Vamos, Gerry! —sonrió—. Dilo de una vez. La verdad es que Fowlinson no era un tipo demasiado honesto y nadie va a llorar su muerte. Incluso es posible que, si me dices el nombre que deseo oír, olvide que he estado contigo. Así podrás abandonar la ciudad, ¿entiendes?

Era un trato que no le complacía demasiado, pero, en ocasiones, el autor directo de un crimen tenía una importancia menor que el que lo había planeado.

Los labios de Ross estaban completamente resecos. Sacó la lengua y los humedeció.

—Fue…

Súbitamente, con gesto de lleno de desesperación, apartó el palo de golf a un lado y propinó un terrible empellón a Baxter. El joven, sorprendido, se tambaleó.

Ross resultó ser más ágil de lo que parecía o el miedo ponía alas en sus pies. Antes de que Baxter pudiera recuperarse, ya había ganado la puerta. En el momento de salir, tiró hacia atrás y a un lado la consola que estaba junto a la entrada. SI inesperado obstáculo frenó la acción de Baxter durante una décima de segundo.

Fue suficiente para que Ross pudiera cerrar la puerta. Maldiciendo entre dientes, Baxter saltó por encima del mueble derribado y abrió la puerta.

Entonces vio a Ross apoyado en la pared, con una mano sobre el lado izquierdo del pecho. Los ojos del sujeto le dirigieron una mirada implorante.

El corredor estaba completamente desierto. Baxter se lanzó hacia el arranque de la escalera. El hombre que había atacado a Ross se había desvanecido como un fantasma.

Cuando regresó sobre sus pasos, vio a Ross tendido en el suelo. En el mismo instante, la cabeza del asesino se doblaba a un lado. Baxter comprendió que sus labios habían sido sellados para siempre.

* * *

Tim Koye oyó la campanilla de la puerta y cruzó la sala para abrir. Su sorpresa fue grande al ver a un policía uniformado, en el umbral.

—¿Señor Baxter? —preguntó el agente.

—Sí, vive aquí…

—Tome, esto es para él, de la oficina del fiscal. Tendrá que firmarme un recibo.

—Claro.

Koye firmó. El policía se marchó. Los ojos de Koye contemplaron el paquetito que acababan de entregarle.

En aquel momento, Baxter salía del cuarto de baño, con la bata de felpa y una toalla en torno al cuello.

—¿Quién era, Tim?

—Un mensaje de la oficina del fiscal.

—¡Ah, magnífico!

—¿Algo interesante, señor?

—La reproducción de un crimen, Tim.

Koye meneó la cabeza.

—Vivir en esta época da asco —dijo, con fingida filosofía— Las

personas decentes ya no podemos matar a nadie, sin que se nos fotografíe indiscretamente.

—Sí, es cierto: hoy día, matar a la gente resulta muy indiscreto.

De nuevo sonó el ding-dong de la entrada.

—Guarda el paquete, Tim —ordenó Baxter, a media voz.

—Sí, señor.

La cinta grabada quedó en el cajón de una consola. Luego Tim fue a la puerta y abrió. Baxter parpadeó al reconocer a su hermosa visitante.

—¡Ida! —exclamó.

La joven avanzó unos pasos.

—No eres demasiado madrugador, Budd —sonrió.

—Perdona, acabo de levantarme…

—Salta a la vista, hombre. —Ida miró al oriental—. Tu criado, supongo —añadió.

—Tim Koye —presentó Baxter—, Tim, la señorita Fowlinson.

Koye hizo una profunda reverencia.

—Su presencia aquí es como un ramo de rosas recién cortadas —dijo.

—¡Oh, qué bonito! —Ida palmoteó alegremente—, Es el piropo más bonito que be oído en los días de mí vida ¿Sabes que me dan ganas de robarte a tu criado, Budd!

—Lo defendería con uñas y dientes —contestó Baxter jovialmente—. Tim, puesto que la señorita Fowlinson…, ¿o debo decir señora Smith? —consultó a la interesada.

—Da lo mismo, querido —respondió la visitante.

—Desayuno para dos, Tim.

—Sí, señor.

Baxter señaló un diván.

—Si tienes la bondad de aguardar un minuto, iré a vestirme…

—¡Oh, no te preocupes por mí! Quizá así estés más cómodo, ¿no?

—Como quieras. ¿Un cigarrillo?

—Gracias. —Ida se sentó en un diván y cruzó las piernas—. Horrible, ¿no te parece?

—Te refieres a la muerte de Ross —adivinó él.

—Sí. —Ida aspiró el humo fuertemente—. Me siento… No sé cómo decirlo, Budd. Claro que ya hacía tiempo que no lo veía… Pero aún le conservaba cierto afecto…

—Es lógico.

—Tú ya sabes lo que hubo entre él y yo.

—Sí.

—En aquella época, yo era joven e inexperta…

—Comprendo, Ida.

Ella sonrió.

—Bueno, son cosas que pasan. La verdad es que Gerry era muy apuesto y yo…, atraía mucho a los hombres.

—Sigues atrayéndolos, Ida. Puedo hablar por experiencia,

—Gracias, Budd. Me pregunto por qué no quisiste aceptar los diez mil dólares.

—Son tuyos. Yo te ayudé a encontrarlos; desinteresadamente, por supuesto.

—¿Sabes?, quizá ese dinero me permita seguir conservando la casa.

—Sería una lástima que la vendieses, en efecto, Ida, ¿tienes alguna idea de dónde pueden estar los documentos que no aparecieron?

—No, en absoluto. Alguien se nos anticipó…

—Ese individuo conocía muy bien, no sólo la combinación de la apertura, sino la trampa explosiva —dijo Baxter—. Y, naturalmente, también conocía la forma de abrir la segunda caja.

—No me imagino quién pudo ser, Budd.

—Yo creo que sí, Ida. Para mí, fue Ross.

Ida saltó en su asiento.

—¿Gerry? ¡Oh, es absurdo…!

—Confesó haber dado muerte a tu hermano.

Ella abrió la boca, estupefacta.

—Budd, no te burles de mi —dijo.

—Hablo completamente en serio. Ross lo admitió. Sin embargo, no tuvo tiempo de darme el nombre de la persona que le pagó por matar a tu hermano.

—Ese miserable… Vengarse al cabo de tantos años…

—Realmente, no fue una venganza, sino la ejecución de un contrato. O tal vez alguien le obligó a disparar contra Hardy. Ross era un hombre apuesto, pero débil; no era la clase de tipo capaz de matar a una persona, por venganza, al cabo de varios años. Tengo la impresión de que alguien le obligó a matar a tu hermano, y tuvo que ser una presión muy fuerte; de lo contrario, Ross no habría sido capaz de empuñar un arma por propia iniciativa.

—Tal vez tengas razón —admitió Ida.

—Creo tenerla. —Baxter sonrió—. Pero dejemos el tema por el momento. Oigo ya ruido de cacharros y eso me dice que Tim está preparando un carrito con muchas cosas encima. ¿Qué tal andas de apetito?

—He desayunado ya…

—¿No me aceptarás una taza de café y una tostada?

—Si te empeñas, tendré que aceptar, Budd.

Koye entró, en aquel momento, empujando el carrito con las viandas.

—Yo serviré el desayuno —dijo Baxter.

—Bien, señor.

—El café huele maravillosamente —exclamó Ida mientras él llenaba su taza.

—Tim es un artista —sonrió el dueño de la casa—. Por cierto, ¿sabes algo de McLaine?

—¿El dueño del gimnasio?

—Sí.

—He tratado de dar con sus huellas, pero todo ha sido inútil. Parece como si se lo hubiese tragado la tierra. Baxter alzó su taza de café hasta los labios.

—¡Ojalá no se trate de una simple metáfora! —deseó

* * *

La visitante se había ido ya. Baxter salid de su dormitorio, vestido con unos pantalones y una camisa.

—Una hermosa mujer, si se me permite decirlo —manifestó Koye.

—Guapa de veras, en efecto —convino Baxter. Abrió el cajón de la consola, sacó el paquete y rompió la envoltura—. Y, además, muy inteligente.

—Una rara combinación de cualidades, señor. Por regla general, las mujeres muy hermosas son medio tontas.

—Tim, que no te oiga ninguna feminista. Podrías verte en un serio compromiso.

—¡Oh, no hay peligro! Esa presunta feminista desdeñaría a la señorita Fowlinson, porque la consideraría en el acto, como el más acreditado espécimen de la mujer objeto.

Batxer sonrió.

—Hay objetos que son verdaderas obras de arte —comentó.

La pared se descorrió y el cuarto de comunicaciones quedó a la vista. Momentos más tarde, Baxter contemplaba de nuevo la reproducción de la escena del crimen

Repasó la grabación, varias veces. En alguna parte, se dijo, había un fallo. Sí, Lorna había disparado contra su esposo…, pero ¿lo había matado?

Baxter hizo pasar la cinta una vez más. De pronto, detuvo la imagen en el momento en que se veía a Mill tendido en el suelo. Segundos después, alguien cubriría la cámara con un paño, para que

no se viese a los hombres que se iban a llevar el cadáver.

Durante unos minutos, contempló la pantalla atentamente. Al cabo de un rato, hizo regresar la cinta al punto de partida. Quería contemplar la escena otra vez.

Una sonrisa apareció en sus labios. Creía haber hallado la solución, pero aunque lo declarase, nadie lo creería. Tendría que probarlo o Lorna sería condenada por la muerte de su esposo.

Apagó el televisor y se puso en pie. Momentos más tarde, se había equipado para salir a la calle. Una entrevista con Lorna Mill era algo de suma necesidad en aquellos instantes.

La artista mostró una gran extrañeza, cuando Baxter le hizo partícipe de sus propósitos.

—Pero estoy muy contenta con Gowan —exclamó Lorna—. ¿Qué excusa voy a darle para comunicarle que no quiero que siga siendo mi defensor?

—Dígale que tiene otro mejor —contestó Baxter con todo desparpajo—. Gowan le ha aconsejado que se declare culpable, ¿no es cierto?

—Sí.

—No debe hacerlo. Usted es inocente de la muerte de su esposo.

La sangre se retiró instantáneamente del rostro de Lorna.

—Eso es imposible —dijo—. Yo disparé contra mi esposo. Admito que me cegué, que perdí la cabeza, que durante unos segundos me sentí enloquecida… Él me había provocado horriblemente… Soy una mujer apacible, de ordinario, pero incluso la persona más flemática puede, en ocasiones, cometer un disparate. Y eso es lo que me sucedió a mí, Budd. ¡Sí, disparé contra mi esposo y no puedo negarlo!

Baxter sonreía tranquilamente.

—Lorna, disparar contra una persona no significa, necesariamente, lo mismo que matarla —dijo.

CAPÍTULO IX

LOS ojos del fiscal despedían llamaradas de cólera cuando se enfrentó con su visitante.

—Me he enterado de lo que pretendes —dijo—. Lorna ha despedido a su ahogado. Yo estaba dispuesto a mostrarme benevolente, dado que ella iba a aceptar su culpabilidad. El jurado y el juez habrían sido, también benévolos. Pero si ella insiste en declararse inocente, la crucificaré.

—Vamos, vamos, no estamos en tiempo de los romanos, H. E. —dijo Baxter, sin perder la calma—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, desde luego.

—¿Hiciste el examen de Balística del proyectil que mató a Mill?

Pasquale emitió una agria carcajada.

—Por favor, Budd —contestó—. El examen de Balística, las huellas de la acusada… Incluso, aunque no hubiese confesado, esos detalles, unidos a la grabación de videotape, serían más que suficientes para conseguir su condena. Es como si me pusiera a luchar contra un chiquillo que tuviese la mano derecha atada al cuerpo.

—No tanto, no tanto, H. E. Estoy en condiciones de probar que Lorna, efectivamente, disparó contra su esposo. Pero no lo mató.

El fiscal parpadeó.

—Budd, yo sospecho que te has dejado seducir por la belleza de Lorna —dijo—, Pero ¿qué ha visto ella en ti?

—El hombre que va a probar su inocencia.

—No lo conseguirás.

—¿Qué te apuestas?

—Budd, supongamos que ella no lo mató y que lo hizo otro más tarde. ¿Por qué?

—¡Ah!, eso es lo que tengo que averiguar. Cuando lo haya conseguido, conoceré, también, el nombre del asesino.

—Y me lo servirás en bandeja, con una manzana en la boca —se burló Pasquale—. Muchas patatitas alrededor, cebollitas tiernas…

—¿Eres antropófago, H. E?

—Budd, si insistes en tu descabellada idea, perderemos las amistades —dijo Pasquale, duramente.

—Voy a probar que Lorna es inocente —insistió Baxter—. Además, como sigo siendo tu amigo, evitaré que vaya a juicio. Si lo permitiera, sufrirías una derrota escandalosa y te aprecio demasiado para consentir en algo que podría afectar gravemente a tu carrera. Con otro fiscal, créeme, no tendría tantas contemplaciones.

Pasquale miró fijamente a su amigo.

—Tienes una carta en la manga —dijo.

—Sí —admitió Baxter.

—¿Cuál es esa carta?

—La grabación en la cual, precisamente, basas el punto más importante de la acusación.

Baxter se puso en pie.

—Aún no se ha señalado fecha para el juicio, ¿verdad?

—Estoy pendiente de ultimar algunos detalles y que el juez me indique el día en que pueden empezar las sesiones públicas. Pero eso no se prolongará más allá de una semana —contestó Pasquale.

—Espero tener el tiempo suficiente —sonrió Baxter—. Gracias por todo, H. E.

Cuando salía, oyó un reniego. Era evidente que al fiscal no le hacía mucha gracia renunciar a la publicidad que le supondría la victoria en un juicio que había despertado tanta expectación, dada la calidad, de la acusada.

* * *

Cuando llegó a su casa, Koye le entregó un papel.

—Llame a este número, señor.

Baxter contempló el papelito.

—¿Quién es? —preguntó.

—No dio su nombre, señor.

—Gracias, Tim.

El joven se acercó al teléfono, marcó las cifras escritas y esperó unos instantes.

—Baxter —dijo, cuando alguien contestó al otro lado de la línea.

—McLaine quiere verle, señor Baxter —dijo Thomas.

—Hombre, ya ha dado señales de vida.

—Sí, señor. Le aguarda en su gimnasio. Esta noche, a las diez.

—¿Nada más?

—No, señor.

Sonó un click. Baxter colgó el teléfono, sumamente pensativo.

—¿Algo malo, señor? —preguntó Koye.

—Tim, ¿sabes cómo huelen las trampas?

—Endiabladamente mal, si el señor me permite la expresión.

—Permitida, Tim.

—Sospecho que al señor le han citado en algún sitio y que piensa acudir, aunque sepa que le van a tender una emboscada.

—En efecto. Esta noche, a las diez.

Tim hizo un signo de asentimiento.

—Confío en que el señor sepa salvar la trampa —dijo.

—Yo también, pero aún habrá algo más,

—Sí.

—Haré hablar al tramposo.

Koye sonrió.

—Deseo que sea tan locuaz como un candidato en vísperas de elecciones —dijo.

* * *

Para llegar al gimnasio era preciso ascender por una escalera de diez o doce peldaños, hundida en el interior del edificio. Al final, había un pequeño descansillo, con algunas fotografías en sus vitrinas, así como un par de carteles de propaganda con datos sobre las especialidades en que se adiestraba a los clientes del gimnasio. Había, también, un par de vistas panorámicas del local. Baxter las estudié con todo detenimiento, a fin de hacerse una idea del lugar en que iba a desenvolverse.

En la puerta había un rótulo: «Pase sin llamar.» Baxter hizo girar el pomo y empujó la puerta muy lentamente.

El gimnasio aparecía completamente desierto. Era una especie de cobertizo, con tejado acanalado a dos aguas, sostenido por montantes que aparecían a la vista. Al fondo divisó un primer piso, al que se llegaba por una escalera protegida con barandilla.

Había allí una especie de caseta acristalada. Debía de ser la oficina, calculó.

Baxter vio, también, pesas, anillas y otros aparatos de gimnasia. Había escaleras adosadas a la pared y cuerdas de nudos para los ejercicios correspondientes. Al fondo divisó las puertas que daban a los lavabos, duchas y salas de masaje.

El gimnasio estaba sumido en un silencio absoluto. Baxter cerró a sus espaldas y avanzó un par de pasos.

Súbitamente, oyó una estentórea carcajada, que se reprodujo en infinidad de retumbantes ecos en aquel enorme hangar vacío. Casi en

el mismo instante, percibió un extraño gañido.

Algo se precipitó sobre él, zumbando malignamente. Sobre la plataforma del primer piso, vio a un hombre, vestido solamente con unos pantalones cortos. El hombre acababa de soltar un enorme saco de entrenamiento de boxeo, que se abalanzó contra Baxter con la potencia de una antigua catapulta.

La cuerda de la que pendía el saco, estaba atada al techo. Pero lo más horrible de todo era que había un hombre atado al saco, sólidamente, formando cuerpo con él. Baxter lo entrevió todo en fracciones de segundo, con el tiempo justo para evitar el impacto de aquella masa que debía de pesar casi doscientos kilos.

El hombre tenía la boca tapada con una ancha tira de esparadrapo. Por dicha razón, no podía gritar. Todavía flotaban en el aire los ecos de la risotada, cuando el saco chocó contra la pared.

Se oyó un horrible crujido de huesos. El saco había aplastado literalmente al hombre que estaba atado. Debido a la colocación de la cuerda, el saco, con su presa, retrocedió como un enorme péndulo. Pero dejaba en su viaje oscilante un rastro de sangre.

Arriba, en el primer piso, el individuo rio fuertemente.

—Ha sido afortunado, aunque ya pensé que evitaría la colisión —dijo.

Baxter le miró fríamente. Era un tipo de figura hercúlea, con el cráneo afeitado. Era extraño, pensó, ver unos ojos oblicuos en un hombre de apellido escocés.

El saco continuaba oscilando, aunque sus movimientos pendulares se acortaban rápidamente. Grandes goterones de sangre se desprendían del hombre atado. El rostro del sujeto aparecía completamente aplastado por el espantoso impacto.

—Mac, ¿quién le ha enseñado a matar así a la gente? —preguntó Baxter.

—Me cargan los soplones —contestó el aludido.

—Estoy seguro de que obligó a Hank Thomas a que me llamase.

—Todos los números son para usted. Ha acertado un pleno.

—Bien, puede que tenga razón, pero…, ¿no se ha dado cuenta de que puedo escapar y avisar a la policía?

—Trate de abrir la puerta Baxter —dijo McLaine.

El joven entornó sus ojos.

—Me costaría un poco —adivinó.

—Con tiempo, lo conseguiría, no lo dudo. Lo malo es que no voy a darle tiempo.

—¿Piensa matarme, Mac?

—Sí, señor.

CAPÍTULO X

BARRY MCLAINE se acercó a la escalera e inició el descenso.

—Me han dicho que usted es un maestro en las Artes Marciales Orientales —añadió, mientras bajaba, peldaño a peldaño—. Voy a tener el gusto de comprobarlo.

—Puede que resulte un disgusto, Mac.

—Para usted, seguro.

—Una pregunta, Mac. Su apellido es escocés. ¿Qué me dice de sus ojos? Tiene rasgos orientales…

—Nací en Singapur. Mi madre era oriental.

McLaine estaba ya en la sala. Debajo del saco, la sangre se extendía, formando un charco que se ensanchaba gradualmente.

—Dwill Zardo era su amigo —dijo Baxter.

—Lo era, en efecto.

—Por lo visto, no le convenía que yo metiese la nariz en determinado asunto.

—Le seguía —dijo McLaine, simplemente.

—¿Por orden de quién?

McLaine no contestó. Seguía avanzando muy lentamente, con los ojos fijos en su presunta víctima y una leve sonrisa en sus gruesos labios. Baxter adivinó que el sujeto disfrutaba, por antemano, de su triunfo. Para McLaine, el crujido de unas vértebras rotas debía de ser infinitamente más agradable que un concierto sinfónico.

—Pero Zardo falló —dijo, en vista de que McLaine seguía callado —. Falló conmigo, quiero decir, porque Murphy no falló con Edna Wyngall. Sin embargo, creo que ha salido libre.

—No había pruebas de que fuese él quien la tiró por la ventana.

—Mac, aún no me ha dicho quién es el que manda.

—Ni se lo diré —contestó el sujeto.

—No es usted muy complaciente que digamos. Si piensa matarme, ¿por qué no hablar claro?

Esta vez, McLaine no contestó. Baxter adivinó que el sujeto estaba concentrándose profundamente, a fin de descargar toda su energía en

el ataque.

De pronto, vio que el poderoso torso de McLaine empezaba a hincharse. Entonces decidió romper su equilibrio físico, con un truco viejísimo;

—¡Mac, detrás de usted! ¡Mi ayudante le apunta con una pistola!

McLaine tenía la boca entreabierta. Iniciaba un grito y la voz de Baxter le sobresaltó terriblemente. El instinto le dominó en aquel cortísimo espacio de tiempo y volvió la cabeza. Entonces, Baxter lanzó un agudísimo alarido:

—¡Kiai!

Todavía flotaban en el aire los ecos de su vos, cuando ya volaba a más de metro y medio del suelo. La puntera de su pie derecho alcanzó a McLaine en el hombro, derribándolo estrepitosamente.

McLaine cayó, lanzando una horrible blasfemia. Cuando iba a ponerse en pie, una mano, de canto rígido como una tabla, le golpeó el costado derecho en un devastador revés, que le hizo tambalearse de nuevo, con todo aquel lado del cuerpo completamente paralizado.

Baxter volvió a la carga. McLaine tenía los ojos turbios. Pero no había perdido del todo su fuerza física. Baxter sintió en la pierna izquierda un terrible dolor. Su adversario había podido conectar un golpe en la parte anterior del muslo. Por un instante, creyó que tenía fracturado el fémur.

McLaine sacudió la cabeza. Había sufrido dos fortísimos golpes, pero era un hombre de una robustez inigualable. Baxter comprendió que iba a resultar muy difícil obtener la victoria.

Los dos contendientes empezaron a dar vueltas, listos para lanzarse al ataque, en cuanto el uno viera la menor debilidad del otro. De súbito, McLaine quiso repetir el primer golpe de su adversario.

Su pie derecho buscó venenosamente la garganta del joven. En el último instante, Baxter se ladeó hacia su derecha. La pierna de McLaine pasó, rozando su pecho. Entonces, alzó la mano izquierda, colocándola bajo la pantorrilla, con la palma hacia arriba, como soporte. La derecha, de canto, bajó con un golpe rapidísimo, muy seco.

Se oyó un horrible chasquido, seguido de un grito de dolor. McLaine rodó por tierra. Al caer, apoyó en el suelo el pie de la pierna golpeada, que se dobló como una caña, a mitad de la distancia entre el tobillo y la rodilla. McLaine emitió un rugido humano, cuando los huesos astillados asomaron a través de la piel. Rodó a un lado y, perdido el conocimiento, quedó inmóvil, boca arriba.

De súbito, Baxter creyó percibir el sonido de una sibilante respiración. Al girar en redondo, vio a un sujeto que cargaba contra él, enarbolando un puñal de espantables dimensiones.

Entonces, Baxter recordó lo que Hank Thomas le había dicho tiempo atrás. McLaine no era una gran cosa como entrenador. A pesar de sus fanfarronadas, no estaba seguro de vencer. De haber ganado, le habría ido rompiendo todos los huesos, uno por uno, con lo que habría obtenido un gran placer. Pero, previendo posibles dificultades, se había asegurado la colaboración de un compinche.

Era Murphy, el mismo que había asesinado a Edna la Manitas. Cuando llegaba a su altura, Baxter alargó la mano izquierda y asió la muñeca del sujeto. Al mismo tiempo, metía la derecha, colocándola extendida sobre el tórax de su adversario. Cedió un poco, flexionando ligeramente la rodilla derecha, a fin de permitir que Murphy se inclinase hacia adelante. Luego, con tremendo impulso, se irguió.

Murphy ascendió primero y luego volteó hacia la espalda de Baxter, movido por un impulso irresistible.

Describió un círculo completo en el aire y cayó de bruces sobre el inconsciente McLaine.

Baxter giró en redondo. Murphy se levantaba, en aquellos instantes, con la mano vacía. Baxter vio que el puñal del sujeto estaba clavado hasta la empuñadura en el desnudo torso de McLaine.

Murphy advirtió lo ocurrido y tartajeó unas palabras ininteligibles, víctima de un terror espantoso, Baxter decidió aprovechar la ocasión y saltó hacia él. Agarrándolo por las solapas, le propinó unas cuantas sacudidas, tan violentas, que los dientes del hampón castañetearon audiblemente.

—¿Quién os ordenó matarme? —rugió Baxter—. ¡Dímelo, o te mato aquí mismo…!

—No… no lo sé… —balbució Murphy—. El… lo ordenaba…

Baxter asintió. Murphy era sincero. Si, seguramente, McLaine se limitaba a dar órdenes, transmitidas por alguien sólo de él conocido.

Pero McLaine estaba muerto y ya no hablaría. Para Baxter, en cierto modo, había sido un caso de mala suerte.

Disparó su puño derecho, sin demasiada fuerza. Se oyó un leve chasquido. Alcanzado en el mentón, Murphy se desplomó como una masa inerte.

Baxter se inclinó sobre él y encontró una llave, con la que abrió la puerta. Salió a la calle y entró en la primera cabina telefónica. Inmediatamente, marcó un número.

—¿Policía? Acudan pronto al gimnasio de la calle Ciento Once, Este, número ochocientos uno. Hay dos muertos…

Colgó sin añadir una sola palabra más, salió de la cabina y caminó con toda tranquilidad a lo largo de la acera.

Veinte segundos más tarde, oyó el alarido de la sirena policial. Sonrió satisfecho: Murphy había escapado de ser acusado de la muerte

de Edna, pero el puñal clavado en el pecho de McLaine le comprometía lrremisiblemente. Al cabo de unos segundos, enderezó el cuerpo y aceleró ligeramente la marcha. Silbando Nuestra estrella, se encaminó en busca de su coche.

* * *

Baxter volvió a hablar con Lorna, al día siguiente. Ahora podía hacerlo en cualquier momento, ya que era su abogado defensor.

Después, se fue a ver al fiscal y le pidió un favor.

—¿Por qué? —preguntó Pasquale.

—Me interesa —respondió Baxter, escuetamente.

—No creo que eso te saque de apuros…

—¿Quién sabe? —sonrió el joven.

—Ella ha admitido que Fowlinson le había regalado el revólver.

—Nunca he discutido ese extremo. Pero necesito conocer la numeración y el nombre del vendedor.

—Te facilitaré esos datos, aunque debes saber que los hemos comprobado nosotros. El revólver fue adquirido por Fowlinson con todos los requisitos legales.

—Y lo llevaba Lorna.

—Claro. Se lo dio él…

—Entonces, ¿por qué no lo adquirió a nombre de Lorna?

Pascuale parpadeó varias veces.

—¿Crees que este dato puede tener importancia? —preguntó.

—La tiene —afirmó el visitante.

—Muy bien. A fin de cuentas, como dijiste una vez, al fiscal también le interesa defender la ley.

—Y castigar al culpable —sonrió Baxter.

Minutos más tarde, salía del despacho del fiscal con los datos solicitados, en el bolsillo. El vendedor del arma le confirmó que, en efecto, había sido adquirida por Fowlinson. También añadió un detalle que hizo saber a Baxter se hallaba en el buen camino para llegar al fondo del enigma.

Al atardecer, llamó a su amigo Gray.

—Denis, necesito que me hagas un favor —pidió.

—¡Ah, un favor,..! Entonces, no podré cobrarte los gastos…

—¿Eres escocés? —rió Baxter—. En la agencia tienes empleado a un tal Eddie Robinson.

—Sí, es el que se encarga del mantenimiento de los aparatos de control, fotocopiadoras, revisión periódica de computadoras de archivo…

—Y, además, experto en sistemas de televisión.

—Sí.

—Llámalo, por favor —dijo—. Quiero hablar personalmente con él.

Robinson se hizo visible, un minuto más tarde.

—Señor Baxter…

—Eddie, necesito de usted. —Baxter explicó cuáles eran sus deseos —. ¿Puede hacerse? —consultó, al final.

—No es difícil, aunque puede que resulte un poco caro…

—El señor Gray le facilitará los fondos necesarios. Avíseme cuando lo tenga todo listo.

—Sí, señor.

Baxter cerró la comunicación y abandonó el cuarto. Koye le miró inquisitivamente.

—La cosa se complica, señor —dijo.

—Al contrario, creo que cada vez está más clara —sonrió el joven.

* * *

Durante las cuarenta y ocho horas siguientes, Baxter y Robinson trabajaron afanosamente. Al terminar, Baxter dijo a Robinson que su ayuda había resultado inapreciable.

—Diga al señor Gray cuáles son sus honorarios, Eddie.

—Nada, señor; ya tengo un sueldo…

—El señor Gray tiene la agradable manía de considerarme un cliente más, cuando le pido algo que se sale de los límites normales —sonrió Baxter—. Haga una minuta de honorarios; el señor Gray la abonará, y luego la cargará en mi cuenta particular.

—Como guste, señor Baxter.

Al quedarse solo, Baxter hizo saltar en la palma de la mano el cartucho con la cinta grabada, que era el resultado de las experiencias de los días anteriores. Aquellos experimentos probarían que, efectivamente, Lorna había disparado contra su esposo, impulsada por la desesperación, perdida momentáneamente la razón a causa de los insultos recibidos, pero el disparo no había causado la muerte de Mill. Ahora bien, probar la inocencia de Lorna no era lo mismo que encontrar al culpable.

Y éste permanecía libre y desconocido.

Las oficinas de Kolt estaban en plena actividad. Baxter, a la luz del día, contempló el lugar donde había aparecido muerto Dane Mill. A su izquierda, hábilmente disimulada, estaba la cámara de televisión que había grabado la muerte del sujeto.

Una secretaria apareció, a los pocos momentos.

—Señor Baxter, puede pasar. El señor Kolt le recibirá ahora mismo —dijo.

—Gracias, señorita.

Apenas entró en el lujoso despacho, Baxter observó que Kolt tenía la frente muy brillante. «Suda y no por el calor», pensó.

—Es un placer verle de nuevo, señor Baxter —saludó Kolt cortésmente—. ¿En qué puedo servirle?

—Verá, no sé si sabrá que soy defensor de la señora Mill…

—Un caso muy difícil, ¿no es cierto, abogado?

—Depende del optimismo con que se mire —sonrió Baxter—. Señor Kolt, ¿cuáles eran sus relaciones con Hardy W. Fowlinson?

La cara del individuo griseó en el acto.

—Re… relaciones estrictamente pro… profesionales —tartamudeó.

—El señor Fowlinson tenía intereses en esta empresa.

—Era un accionista importante, pero no entraba en su dirección…

—Señor Kolt, a ustedes ciertas empresas les confían la revisión de sil contabilidad. Eso podría proporcionar datos de suma importancia para el que quisiera comprar o vender acciones de esas empresas, ¿no es cierto?

—Si se dejase de lado el secreto profesional, desde luego. Pero…

Baxter se inclinó hacia adelante.

—Fowlinson le obligaba a darle a usted datos sobre la marcha de algunas empresas de importancia. ¿Qué métodos empleaba para forzarle a usted a quebrantar la ética profesional?

Kolt se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—No… no puedo decirlo…

—Usted pagó a Edna Wyngall dos mil dólares por recuperar cierto sobre que Fowlinson guardaba en su caja fuerte. ¿Qué contenía ese sobre?

—Por favor, me arruinaría si se supiese la verdad…

—Está arruinado ya, Kolt, porque es cómplice de un asesinato. No lo mató, pero ayudó a falsificar las pruebas que podían condenar a una persona inocente. No le acusaré de la muerte de Edna Wyngall, porque no tuvo que ver con ese suceso, aunque sí ayudó a fraguar las pruebas que podrían condenar a la señora Mill. Ahora bien, dado que no cometió el crimen y sólo puede ser acusado de complicidad en la ocultación del hecho y alteración de las pruebas, el fiscal podría mostrarse benevolente…, si usted se siente dispuesto a cooperar con la justicia. ¿Qué me contesta?

Kolt pareció derrumbarse en el sillón.

—Lo… lo diré todo —gimió, completamente desmoralizado.

CAPÍTULO XI

—PERO faltan todavía algunos detalles, antes de que pueda considerar el caso completamente resuelto —dijo Baxter.

Lorna, al otro lado de la mesa, en el locutorio de abogados, miró fijamente a su defensor.

—¿Qué detalles? —preguntó.

—Usted disparó contra su esposo.

—Sí.

—Lo vio caer…

—Por favor, no me lo recuerde —suplicó.

—Es preciso encarar la realidad, Lorna —dijo él—. En la cinta grabada se ve a su esposo en el momento de caer. ¿Qué hizo usted?

—Me… me marché… Llamé a Hardy desde una cabina. El dijo que volviese a mi casa y le aguardase allí… Cuando llegó, le conté todo lo sucedido. Yo estaba terriblemente agitada… No podía creer en lo que me había sucedido… Hardy procuró tranquilizarme…

—¿Estuvo todo el tiempo a su lado?

Lorna se pasó una mano por la frente.

—Creo que… hizo un poco de té y me dio una tableta de sedante… Yo estaba en la sala, en un diván… Casi no me daba cuenta de lo que sucedía…

—Es decir, Fowlinson anduvo en otras partes de la casa.

—Sí, claro.

—¿Le vio examinar el revólver?

—No recuerdo… Lo tenía en el bolso… Yo no sabía qué hacer…

—¿Volvió más tarde a verla?

—Sí. Yo me desperté; el sedante no me había hecho efecto, apenas.

—O quizá no se lo dio —sonrió Baxter—, ¿Qué le dijo él, entonces?

—Bueno, aseguró que todo estaba arreglado…

—¿Cuánto rato estuvo con usted?

—No recuerdo… Creo que me dormí de nuevo. Al despertar, estaba sola y le llamé. El dijo que todo estaba arreglado y que no

debía preocuparme por nada, en absoluto. Luego fueron pasando los días y yo veía que no sucedía nada. A veces, Fowlinson me decía que no se había perdido nada con la muerte de Dane y que había sido un sujeto detestable… Casi empezaba a convencerme de ello, cuando sobrevino la ruptura. Yo pude darme cuenta del carácter tan absorbente de Fowlinson y supe que sería su esclava, si no rompía definitiva* mente con él. A los pocos días, me detuvieron…

—Fowlinson no le perdonó la ruptura, ¿verdad?

Lorna asintió.

—No sé cómo pudo portarse tan miserablemente…

—Eso es algo que pertenece al pasado, Lorna. Por cierto, usted sigue pagando la renta de su apartamento.

—Sí, claro.

—Eso es todo lo que necesito —dijo Baxter—. Lorna, tranquilícese; pronto podrán verla y oírla sus numerosos admiradores. Su estrella volverá a brillar de nuevo.

Una débil sonrisa apareció en los pálidos labios de

la joven.

—¿Lo cree así? —preguntó.

—Estoy seguro de ello —afirmó Baxter, rotundamente.

* * *

«Tootsy» emitid un fuerte ladrido. Estaba tendido en el césped, al sol, y se levantó al percibir la presencia de gente extraña en el jardín. Pero volvió a echarse casi en el acto.

Ida oyó el ladrido y se asomó a una de las ventanas que daban a la parte delantera. Su asombro fue enorme al ver la serie de personas que se acercaban a la casa.

Baxter iba al frente, acompañando a Lorna Mill, escoltada por un par de agentes de uniforme. Había otro hombre, también, y dos más, a retaguardia, transportaban un bulto de considerables dimensiones.

Ida salió a la puerta.

—Budd, ¿qué sucede? —exclamó—. ¿Por qué viene tanta gente a mi casa?

—Ida, te presento al fiscal Pasquale —dijo el joven—. A Lorna Mill ya la conoces, supongo.

—Sí… Encantada, fiscal…

Lorna hizo una leve inclinación de cabeza. Baxter continuó:

—Ese bulto que ves es un televisor con mecanismo de grabación. ¿Permites que lo instalen en la biblioteca, Ida?

—¿Qué te propones, Budd?

—Probar la inocencia de Lorna,

Hubo un instante de silencio. Otro coche se paró en aquel instante frente a la casa. Kolt, escoltado por un agente de policía, avanzó a lo largo del camino central.

Al fin, Ida se encogió de hombros.

—Me alegraré de que eso sea cierto —dijo—. Pasen, por favor.

Ida les condujo a la biblioteca. Los policías montaron el televisor en un rincón adecuado. Baxter se ocupó de preparar asientos para los presentes, situándolos en semicírculo a cuatro o cinco metros del aparato. Kolt, nerviosísimo, se secaba el sudor con gran frecuencia.

Baxter enseñó algo.

—Es un cartucho de cinta, en el que aparecen grabadas las imágenes de la muerte de Dane Mill —dijo—. Lo veremos muy pronto.

La escena ya conocida se reprodujo. Lorna se tapó los ojos al ver caer a su esposo.

—Pero Mill no murió en este instante. Advertido, previamente de lo que podía pasar (no era seguro, aunque sí muy probable, ya que había recibido instrucciones "de provocar a su esposa), fingió caer muerto al suelo, como ha aparecido en la pantalla.

Baxter presionó un botón. La escena se inmovilizó en el momento en que Lorna echaba a correr. En el reloj incorporado a la cámara, aparecieron las cifras 00. 04.

—Oficialmente —continuó—, Mill murió a las doce y cuatro minutos. Si el crimen se hubiera descubierto a las pocas horas, esa cifra podría haber sido cuestionada. Pero como el cadáver apareció bastante más de dos meses después, ¿quién podía notar la diferencia de horario entre la muerte oficial y la real?

—¿Cómo sabes que no murió en ese instante? —preguntó el fiscal.

—Primero, a Lorna le pusieron cartuchos de fogueo en el revólver que utilizó contra su esposo. Todo estaba ya preparado para deshacerse de Mill, aunque éste creía que sólo se trataba de un chantaje contra su esposa, contra la cual se sentía vivamente resentido, porque ella se negaba a aceptarle como su representante artístico. Mill era rencoroso y aceptó tomar parte en el plan de hundir a Lorna. Pero ignoraba que ese hundimiento iba a producirse a costa de su vida.

»Ahora bien, sí hiciéramos correr la cinta desde las doce y cuatro minutos, hasta la una y cuarenta y ocho, en que, lo verán enseguida, alguien tapó la cámara, para que no se grabasen los rostros de los que iban a llevarse el cadáver, apreciaríamos que en ese espacio de tiempo no aparece, ni una sola vez, el vigilante nocturno de la empresa. Ese vigilante tendría que haber pasado, a la fuerza, dos o tres veces por el punto donde yacía Mill muerto y no fue así. Quizá el señor Kolt pueda

explicarlo, ¿no?

Baxter se volvió hacia el mencionado. Sudando a mares, Kolt dijo:

—El hombre tenía a su mujer delicada y yo le di permiso para que se fuese a casa, poco antes de las doce. Dije que me quedaría para ayudar a Mill y que, en todo caso, había otros vigilantes en el edificio, que acudirían si fuese necesario.

—Gracias, señor Kolt. Aparentemente, pues, como hemos visto, Mill murió a las doce y cuatro minutos y hasta la una y cuarenta y ocho, es decir, hora y tres cuartos más tarde, no aparecieron los que venían a llevarse el cadáver. Pero veamos de nuevo esta escena, por favor.

Baxter accionó la tecla correspondiente. El cuerpo de Mill apareció tendido, sobre un brillante charco de sangre. El reloj marcaba la cifra 01. 47. Cuando aparecía la cifra 01. 48, alguien tapó la cámara y la escena se borró.

—Mill había muerto momentos antes, cinco, diez minutos todo lo más —dijo Baxter—. Mill se había quedado allí, aguardando instrucciones. Alguien llegó y le pegó un tiro. Luego lo colocó en el sitio donde había caído la primera vez. Probablemente, el propio Mill lo explicó a su asesino, sin tener la menor idea de lo que le iba a suceder. En ese momento, la cámara estaba, también, tapada, pero quedó al descubierto para que se pudiera ver la escena. Ahora bien, ¿qué pasa, si compar ramos las posiciones de Mill al caer la primera vez y, luego, cuando vinieron a recogerlo?

Baxter volvió a pasar la cifra.

—Las posiciones difieren ligeramente, en efecto —convino el fiscal —. Pero son unas diferencias inapreciables… Tal vez podría alegarse que Mill se movió después de recibido el disparo…

—Sí, el verdadero asesino vio la primera grabación y procuró colocar el cuerpo en la misma postura. Pero olvidó dos detalles muy importantes, uno de ellos fundamental. Veamos, de nuevo, el momento en que Lorna hace el disparo.

Baxter inmovilizó la acción, justo cuando Lorna apretaba el gatillo.

—Primer detalle: Lorna tiró alto. Aunque el cartucho hubiera tenido bala, ésta se habría hundido en la pared opuesta. Yo lo he examinado y no hay el menor rastro de impacto. Por tanto, ella, nada experta en armas, no sabía que había disparado un cartucho de fogueo.

—Eres listísimo, Budd —sonrió Ida—. A mí no se me habría ocurrido fijarme en ese detalle.

—Me ha costado más de una noche en vela, no creas —dijo Baxter —, Pero el detalle fundamental es la sangre de la víctima. Fíjense bien todos.

El cuerpo de Mill apareció de nuevo a las 01. 47. Pasquale alargó instintivamente el cuello.

—Yo he hecho la prueba, con un cerdo que estaba destinado al matadero y con la ayuda de un especialista en estos aparatos —siguió Baxter—. Matamos al cerdo, grabando la escena, por supuesto, pero no por verlo morir, sino por la sangre que salió después de que recibiera un balazo en la cabeza. Desde que, aparentemente, Lorna disparase contra su esposo, hasta que apareciese alguien para llevarse el cadáver, transcurrieron una hora y tres cuartos. Y la sangre del muerto aparece fresca, brillante, recién derramada…, ¡tal vez derramándose todavía de la auténtica herida!

Pasquale saltó en su asiento.

—¡Tendría que estar seca! —exclamó.

—Exactamente —confirmó Baxter—. Ese es el punto esencial en el que no reparó Fowlinson. Porque él había regalado a Lorna su propio revólver, pero sabiendo que su esposo la iba a citar, hizo el cambio con uno idéntico, en el que puso cartuchos de fogueo. Fowlinson visitó a Lorna la víspera del crimen. Luego, cuando ella lo avisó, fue a su casa y volvió a cambiar las armas, dejándole el revólver con el que auténticamente se había cometido el crimen, cosa que salió a relucir, cuando se hicieron las pertinentes pruebas de Balística.

»El revólver pertenecía a Fowlinson, está fuera de toda duda, aunque se lo diese a Lorna. Pero Fowlinson no quiso llevarse a su casa el revólver cargado con cartuchos de fogueo, a fin de evitar posibles compromisos. Él había tenido uno y se lo dio a Lorna. Ella, lógicamente, no podía distinguir entre dos armas idénticas. La que llamaremos falsa, quedó escondida en su apartamento y la he encontrado yo.

—Hay algo que no cuadra en todo este asunto. O así me lo parece —dijo el fiscal.

—¿Sí?

—La muerte de Mill. Fowlinson dejó pasar más de dos meses, antes de damos el soplo y enviar la cinta grabada. Parece que quiso comprometer a Lorna, pero…, ¿no había, también, otros motivos, Budd?

—Los había, en efecto, y ya saldrán a su debido tiempo. Mientras tanto, debemos concentramos en la cinta, que fue manipulada, así como el reloj incorporado a la cámara, cuyas cifras fueron alteradas…, lo mismo que los vendedores tramposos manipulan en el cuentakilómetros del coche usado. Un experto puede hacerlo sin dificultad, y también cortar la cinta y regrabarla de nuevo para que no se adviertan los empalmes. La cinta auténticamente original está en alguna parte y en ella se verá que Mill se levanta del suelo, después de

que Lorna, aterrada, haya escapado, creyéndolo muerto. El señor Kolt, tal vez pueda decimos quién manipuló la cámara.

—Fue… Emil Wright..,

—El mismo que entró aquí para abrir la caja fuerte, ignorante de la trampa mortífera que había hecho instalar Fowlinson. ¿Lo envió usted, señor Kolt?

—No… Yo… yo buscaba un sobre con unos documentos que me comprometían gravemente, y que estaban en poder de Fowlinson… Aún no los he encontrado…

—Fowlinson le hacía chantaje a usted, ¿no es cierto?

—¡Un momento! —exclamó Pasquale—. Esto no es un juicio, pero me reservo el derecho de formular objeciones. Lo que has mencionado no tiene nada que ver con la muerte de Mill, que es el asunto que realmente nos interesa.

—Permíteme, H. E. —dijo Baxter—. Aunque en un principio, los dos casos no estuviesen relacionados, luego sí adquirieron una conexión que los convierte prácticamente en un caso común. En alguna parte, junto con los documentos mencionados por el señor Kolt, estará la grabación con la muerte auténtica de Mill.

—Y en ella aparecerá el verdadero asesino.

—Sí.

—Pero Fowlinson está muerto. Aunque haya sido él…

—De la muerte de Mill se han derivado otras, lo que hace que todo sea un mismo caso —insistió Baxter.

CAPÍTULO XII

—LA clave del asunto está en los documentos con los que Fowlinson presionaba a Kolt, para que le diera informes de las empresas, de cuya censura de cuentas se encargaban —siguió Baxter—. De este modo, Fowlinson podía obtener grandes ganancias, especulando en Bolsa. Es como apostar a las carreras, cuando se sabe cuál es el caballo que va a ganar. Pero Fowlinson era demasiado ambicioso y, además, se había encaprichado de Lorna. Mill podía resultar un obstáculo, puesto que supongo que también debía de querer su parte del pastel. Era un notable matemático y el mejor hombre de equipo de Kolt. A la fuerza tenía que estar enterado de las trampas que se hacían y de ahí que resultase necesaria su eliminación. Oficialmente, lo haría Lorna, con lo que Fowlinson podría tenerla encadenada. Pero Lorna se resistió, y entonces fue cuando Fowlinson decidió hundirla.

—Está demostrado que ella no mató a su esposo —dijo el fiscal—. Si lo hizo Fowlinson, ha muerto. ¿Cuál es la relación de los demás crímenes con el asesinato de Mill?

—Esa muerte fue el factor desencadenante de lo que sucedió después —respondió Baxter—. Ignoro cómo, pero es obvio que alguien se enteró de lo que sucedía y, naturalmente, quiso beneficiarse también. Había mucho dinero en juego, H. E. Pero el asunto estaba enteramente en manos de Fowlinson. Por lo tanto, era preciso hacerle desaparecer.

—Lo mató Ross.

—Sí, aunque no por propia iniciativa. Fowlinson tuvo tiempo de escribir el nombre de su asesino, aunque éste se llevó luego el papel que lo delataba. Edna vino a abrir la caja fuerte, se encontró muerto a Fowlinson y escapó. Tengo la seguridad, sin embargo, de que ella hizo lo mismo que yo: averiguar el nombre del asesino, por las huellas del papel que estaba debajo de la hoja en que se había escrito el nombre. Quizá trató de presionar a Ross y alguien fue a matarla, lo que consiguió sin dificultad.

»Pero los documentos y la cinta comprometedora seguían sin aparecer y era porque ya se los había llevado alguien. Naturalmente,

cuando yo empecé a investigar, la persona que había dado orden de matar a Fowlinson, pensó que podría sufrir graves perjuicios y trató de quitarme de en medio, y no una, sino varias veces.

»Dwill Zardo me seguía ya y trató de matarme, apenas descubierta la muerte de Fowlinson. Luego yo descubrí la identidad del asesino de Fowlinson y fui a hablar con él. Ross era un sujeto débil de carácter y trató de escapar. Alguien lo mató en la puerta de su casa. Un tiro a quemarropa y con silenciador…, y una boca comprometedora quedaba sellada. Porque Ross había cometido ya un crimen, impulsado a ello por algo a lo que no sabía resistir.

—¿Qué era, Budd?

Baxter volvió lentamente la vista hacia la dueña de la casa.

—Tiene unos labios ardientes y un cuerpo con muchos atractivos —dijo.

Pasquale miró, también, a Ida.

—¿Ella? ¿La propia hermana de la víctima? —se extrañó.

—Sí —confirmó Baxter.

* * *

Un denso silencio gravitó sobre la estancia. De pronto, se oyó una risita nerviosa.

—Budd, por favor, refrena esa imaginación —dijo Ida—. Admito que me sentía muy resentida hacia mí hermano, pero no hasta el extremo de desear, y menos ordenar, su muerte.

—¿Y por qué no? Hardy ya no representaba nada para ti…, perdón, representaba muchísimo dinero. No te sentías obligada hacia él en absoluto, sobre todo, después de que te echase de su casa. Claro que, en teoría, no deberías saber nada sobre sus negocios, pero, en la realidad, lo sabías todo.

»Es cierto que trabajas en una agencia de investigación. De ahí que llegases a saber muchas cosas sobre tu hermano. Tenías medios sobrados de obtener informes y así es como llegaste a pensar que podías ocupar su puesto. Pero eso no sería posible mientras él viviese. Por lo tanto, hiciste que Ross lo matase.

—¡Tonterías! —exclamó Ida, muy sulfurada.

—No, no son tonterías. En primer lugar, McLaine era uno de tus informadores. Le convenciste para que te ayudase, con algún dinero en efectivo y la promesa de una suma mayor a su debido tiempo. De ahí que yo tuviese esos tropiezos con Zardo y Murphy y, finalmente, con el propio McLaine, el cual había tenido escondido a Hank Thomas, hasta el día en que decidió, por orden tuya, atarlo a un saco de entrenamiento. Tú pensabas que, puesto que no lo habías conseguido

ya, McLaine y Murphy acabarían conmigo. Pero no fue así.

»Mataste a Ross. En tu casa se encontrará el revólver que empleaste para el crimen. Cuando yo salí a perseguir a Ross y me lo encontré agonizando, corrí hacia la escalera, para ver si alcanzaba al asesino, que ya había desaparecido. Fuiste muy lista: en lugar de correr a la calle, que es lo que yo debía pensar, escapaste escaleras arriba. Entonces, naturalmente, no se me ocurrió la idea de buscarte en el piso superior.

—Si eso fuese cierto, te habría matado a ti también, ¿verdad?

—No te convenía, en ese momento. Dos muertes, en aquel lugar y en semejantes circunstancias, era peligroso. Ya lo habías intentado el día en que vinimos a abrir la caja fuerte, aunque la inesperada intervención de Wright me salvó la vida. Claro que Wright actuaba para Kolt, quien, a toda costa, deseaba desesperadamente recuperar los documentos que lo comprometían tanto. Pero incluso ese incidente sirvió para que mis sospechas se disiparan. Es decir, si yo sospechaba de ti, ahora ya te creería inocente.

—¿Y no fue así, Budd?

—Entonces, sí. Después, no.

—¿Por qué?

—Puede que no conocieras la combinación de la caja fuerte, aunque tal vez te la dio el abogado de tu difunto hermano, antes de nuestra visita. Pero sí, forzosamente, tenías que conocer la trampa. ¿Lo recuerdas? Yo me ofrecí a abrir la caja y tú me entregaste el papel con la clave. Sabías lo que sucedería y no alzaste un solo dedo para evitarlo.

—¿Cómo podía saber yo…?

—La caja, con la trampa, se instaló hace siete años. La cocinera recuerda muy bien tus continuos devaneos con los especialistas que hicieron la instalación Aunque tu hermano no dijese nada, cosa improbable, tú se lo habrías sonsacado a aquellos individuos. Es más, hasta dejaste el dinero, cuando te llevaste el sobre y la cinta grabada con el asesinato de Mill, y dejaste, en su lugar, un sobre con papeles en blanco y una cinta virgen. Incluso quisiste regalarme diez mil dólares, para mostrar así un agradecimiento que, en realidad, no sentías. Todo eso me confundió…, hasta que supe de tus relaciones profesionales con McLaine.

—Y entonces, todo quedó claro.

Baxter señaló el cuadro tras el cual se hallaba la caja fuerte.

—Ahora, sí, al otro lado, están los documentos que comprometen a Kolt, y la cinta con la muerte de Mill…, y el revólver usado para matar a Ross —dijo rotundamente.

Hubo un instante de silencio. Luego, muy despacio, Ida dijo:

—Creo que te equivocas en un punto, Budd.

—¿Sí? ¿Cuál es?

Ida había maniobrado hasta situarse junto a la mesa de despacho. Súbitamente, abrió un cajón y extrajo un revólver.

—Está aquí, y no en la caja fuerte —exclamó.

Baxter contempló el arma, prolongada en el silenciador.

—Ida, no compliques más las cosas…

—Tengo el dinero en el coche. Me iré y…

—No lo creo. Mira a tu espalda. Hay un policía que te apunta con su pistola.

Ida, sobresaltada, se volvió. Uno de los agentes que estaban a su lado, alargó la mano para desarmarla. Ella hizo un gesto para rechazarlo, pero el arma se disparó inesperadamente.

Alguien emitió un agudísimo chillido. Kolt se puso en pie convulsivamente, con las manos en el pecho. Dos agentes forcejeaban ya con Ida, de cuya boca brotaban horribles imprecaciones.

Ida luchaba como una leona rabiosa. Kolt rodó al suelo. Finalmente, los policías consiguieron reducir a la joven.

Baxter se apoderó del revólver y se lo entregó a su amigo.

—Haz comparar las balas —dijo—. Encontrarás que ésta es el arma homicida, que acabó con la vida de Ross.

Miró a Kolt, ya inmóvil en el suelo.

—Y con la de este tramposo y cómplice de un asesinato —añadió.

Lorna estaba palidísima. Baxter se volvió hacia el fiscal.

—H. E., ¿puedes concederme la libertad de Lorna, con mi fianza personal? —consultó.

Pasquale hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo…, pero quiero que te encargues de abrir la caja fuerte —dijo.

—Será un placer —accedió Baxter.

Ida, esposada, salía de la biblioteca. Baxter se preguntó quién, en realidad, era el culpable de todos aquellos crímenes.

Kolt, con sus trampas; Fowlinson, con sus chantajes y su carácter intemperante y déspota; los secuaces ambiciosos y sin escrúpulos… Era mejor no pensar en ello.

Fijó la vista en Lorna. Ahora brillaría, de nuevo, su estrella.

* * *

Cuando Baxter regresó aquel día a su casa, después de unas cortas vacaciones, Tim Koye le informó de que el señor Gray se sentía muy furioso.

—Ha llamado al señor un montón de veces…

—Y quiere que pague la factura de mis gastos —sonrió Baxter.

—Sí, señor. Si el señor me lo permite, diré que tuvo un completo éxito.

—Gracias, Tim.

—El éxito es el premio de los hombres audaces, señor.

—O con suerte.

—Tal vez, pero no hay suerte si no se tiene audacia. Unas veces es buena, otras mala… Todo consiste en obligarla a ponerse a nuestro lado.

—Tim, estás muy filosófico —comentó Baxter.

De pronto, vio algo que le hizo fruncir el ceño.

—¡Por todos los diablos…! ¿Qué hace aquí ese piano de cola?

—Creo que el señor va a tener un concierto, esta noche, en su casa —respondió Koye.

—¿Un concierto? Pero si yo no he contratado a ningún pianista, ni he avisado a los amigos…

—El concierto estará dedicado, por su intérprete, a una sola persona. ¡Ah, dispense el señor!; hay comida en el frigorífico y también champaña. El señor, me imagino, no querrá otros espectadores en el concierto.

—No entiendo nada, Tim.

Koye se echó su abrigo al brazo izquierdo y se encasquetó el sombrero.

—Creo que antes no he sabido expresarme bien —dijo—. El señor no tiene buena suerte; tiene buena estrella. ¡Buenas noches, señor!

Baxter se quedó solo. Entonces, por la puerta del dormitorio, apareció Lorna.

Ella vestía de la misma forma en que la habla visto por primera vez en una grabación de videotape. Lentamente, con andares de diosa, se acercó al piano y levantó la tapa, después de sentarse.

—Te debo mucho —dijo—. Podría pagarte con dinero, pero eso sería poco. O quizá inapropiado. Por eso prefiero emplear otro medio de pago.

Baxter sonrió, a la vez que se acodaba en el piano.

—Esta es la forma de pago que más me gusta —afirmó.

Después de interpretar Nuestra estrella como nunca, Lorna se puso en pie. Baxter se acercó a ella y rodeó su esbelta cintura con los brazos.

—Es la canción más maravillosa que he oído en todos los días de mi vida —aseguró.

—Podrás escuchármela siempre que lo desees —dijo Lorna.

Baxter asintió. Pero a la mañana siguiente, al despertar, Lorna se encontró sola.

En la almohada contigua, había una nota, sujeta con un alfiler. Lorna arrancó el papel y leyó:

«Mi estrella y la tuya son distintas. Tu estrella ¡brillará siempre, aunque sea lejos de la mía.»

Lorna sonrió tristemente. Tal vez Baxter tenía razón.

Rompió el papel en diminutos trocitos, que luego revolotearon por el aire. Al menos, se dijo, le quedaba el consuelo de haber estado, por unas horas, en la misma estrella que Budd Baxter.

FIN